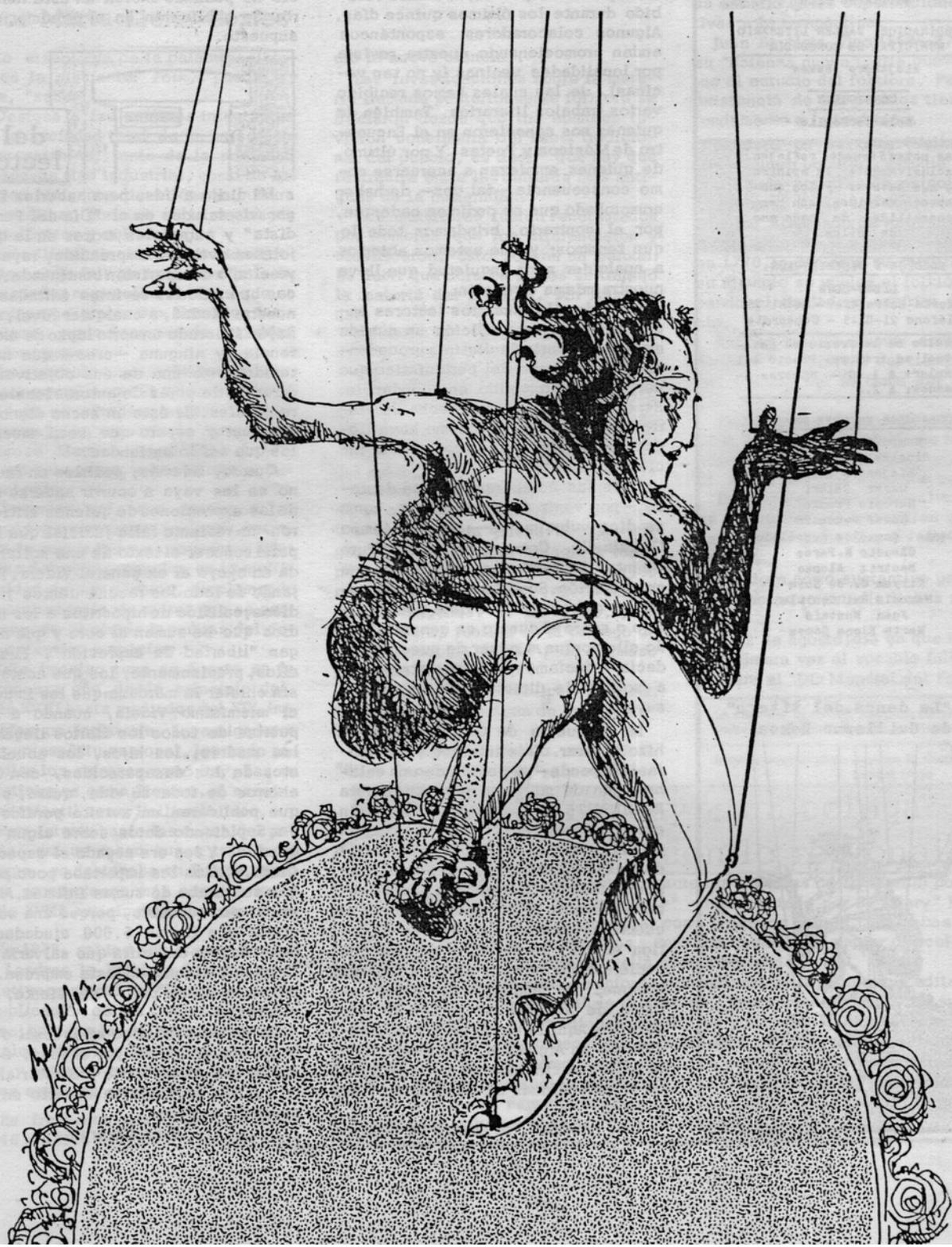


PRESTAYO

# Rocinante

AÑO I - N° 8 - CONCORDIA, 15 DE JUNIO DE 1987



# Rocinante

Publicación mensual de  
interés general

## CONSEJO DE REDACCION

Franco Tomat-Guido  
Mario Melchtry  
Lucrecia Lessa  
Luis María Medina  
Guillermo Pink

## COORDINACION TALLER LITERARIO MUNICIPAL DE CONCORDIA

Alejandro Bekes

## CORRECCION

Lola Cerfoglio

Las notas firmadas reflejan  
exclusivamente la opinión  
de sus autores y los con-  
ceptos vertidos son res-  
ponsabilidad de cada uno  
de ellos.

## EDICION Y DISTRIBUCION

LIBRO-CLUB  
Galería Entre Ríos - Local 36  
Teléfono 21-8145 - Concordia

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Precio del ejemplar: \$ 1.00. - Números atrasados: \$ 2.-

## COLABORAN EN ESTE NUMERO

Mempo Giardinelli  
Nicolás Passarella  
Alejandro Bekes  
Oscar Salarí  
Marcelo Franco  
Oscar Meneguin  
Daniel González Robolledo  
Claudio N. Perez  
Beatriz Alonso  
Miryam C. de Soia  
Marcelo Rui Gentile  
Juan Mustafá  
Marta Elena Gómez

TAPA: "La danza del títere"  
de Guillermo Bekes



# Rocinante

## informa

Sorpresas al por mayor hemos recibido durante los últimos quince días. Algunos colaboradores espontáneos andan promocionando nuestra revista por localidades vecinas (y no tan vecinas), de las cuales hemos recibido varios trabajos literarios. También de quienes nos conocieron en el Encuentro de Músicos y Poetas. Y por último, de quienes empezaban a acercarse como consecuencia —tal vez— de haber comprobado que no pedimos nada; que, por el contrario, brindamos todo lo que tenemos; y que estamos abiertos a cualquier sana inquietud que lleve nuestra misma dirección.

Por todo ello, nuestros lectores encontrarán en esta edición un nutrido material literario de distinta procedencia, sin desmedro del periodístico que nos ha sido prometido en abundancia. Esperamos que, para la fecha de cierre de recepción, el mismo haya llegado a nuestras manos para poder incluirlo.

Entre las colaboraciones se destaca —por venir de quien viene, como se dice vulgarmente— la de Mempo Giardinelli. Como director de "Puro Cuento" le habíamos solicitado una colaboración. Sugeríamos una nota sobre el origen de la revista que él dirige o sobre el cuento en general, "todo ello porque, a pesar de nuestra audacia —decíamos— no nos atrevemos a solicitarle directamente un cuento suyo".

La respuesta de Giardinelli no se hizo esperar. "Me interesa y me honra —responde— el pedido de una colaboración de mi parte para su revista ROCINANTE. Lo que usted me pide, sin embargo, sobre el origen y las causas de esta empresa en la que estoy metido, excede con mucho mi actual disponibilidad de tiempo. Lo mismo sucede respecto de comentarios sobre el cuento en general. Le juro que me fatiga el sólo pensarlo, y no creo que pudiera decir más que algunos lugares comunes. En cambio, lo que usted califica de audacia me parece lo más sencillo. Aquí le envío un cuento, inédito aún en Argentina. Les deseo todo el éxito que sin duda se merecen y les va en estas líneas mi admiración y mi amistad".

"Los mismos", el cuento de Mempo

Giardinelli que se publica en esta edición, conoció la luz únicamente en México, a través de la revista "El Cuento", en diciembre del año pasado. Nos corresponde el honor para nuestro país.

Y eso es todo, salvo señalar que nos quedan en carpeta algunas colaboraciones que por razones de espacio no pudimos incluir en este número. Se publicarán en el próximo, por supuesto.



Mi dirijo a Uds. para hacerles llegar mis saludos en el "Día del Periodista" y augurarles éxitos en la qui-jotesca aventura emprendida, rayando ya el año de aparición continuada. Pocas han sido las revistas editadas en nuestra ciudad, a cualquier nivel, que hayan superado un corto lapso de existencia, y ninguna —creo— que haya tenido como uno de sus objetivos la difusión de obras de autores locales y regionales. Es éste un hecho digno de destacar y espero que sean muchos los que así lo entiendan.

Quiero, además, pedirles un favor: no se les vaya a ocurrir hacerse eco de las expresiones de quienes criticaron un reciente fallo judicial que impidió conocer el texto de una solicitada en apoyo al ex general Videla. Dejando de lado los razonamientos jurídicos, califico de hipócritas a los medios que se suman al coro y que alegan "libertad de expresión". Fueron ellos, precisamente, los que acataron sin chistar la mordaza que les impuso el mismísimo Videla, cuando a las puertas de todos los diarios llegaban las madres, los hijos, los abuelos, etc. de los desaparecidos, con los ahorros de toda su vida, quizá, para que publicaran un avisito perdido de 5 x 5 pidiendo datos sobre algún ser querido. Y les era negado el espacio. Claro, a ellos les importaba poco porque se trataba de sumas ínfimas. Ahora no, por supuesto, porque una solicitada que firman 5.000 ciudadanos debe costar una cifra que salvaría de la ruina a alguna modesta empresa. Eso no lo dicen pero "se siente, se siente..."

En síntesis, no digo si es legal o no la medida dispuesta por el juez. Sólo afirmo que es hipócrita protestar ahora cuando no supieron hacerlo en el momento oportuno.

Pepe Contreras

# EL FOLKLORE

## Origen del vocablo

por Marta Elena Gómez

La etimología de la palabra Folklore es la siguiente: Folk, "pueblo"; y lore, "saber".

Designa a los sectores integrantes de la sociedad total de un país, pero diferenciados, tanto de la sociedad urbana, de tipo industrial, como de los grupos indígenas de autónoma cultura etnográfica, por una serie de rasgos sociológicos y culturales.

Esta diferenciación permite identificarlos como folk en todos los países, sociedades comunales y grupos que en términos generales son llamados campesinos, cualquiera sea la actividad predominante.

Este vocablo anglosajón fue utilizado por primera vez el 22 de agosto de 1846, en un periódico inglés, "The Athenaeum", en un artículo firmado por Ambrose Merton, seudónimo de Williams John Toms, especialista en Arqueología.

Denominó así, con destino a las nuevas generaciones inglesas, la función de reunir las supervivencias literarias del acervo popular en la multiplicidad de sus géneros, proclamando la conveniencia de evitar que se perdiesen en el olvido las obras del genio colectivo y anónimo.

Este impulso tuvo su fuente en la enseñanza que, desde principio del siglo XVIII hasta mediados del XIX, impartían en Inglaterra, investigadores con un espíritu nacional, logrando recopilar los refranes como Bay, las supersticiones como Stewart, el cancionero infantil como Holliwel, etc.

Este interés hacia las cosas del pasado era un rasgo que a través del tiempo se destacaba en Europa, pero tuvo proporciones más amplias en el siglo XVIII anticipando el romanticismo.

En 1878, sabios entusiastas fundan en Londres la Folklore Society, cuyo objetivo principal era "la conservación y publicación de las tradiciones populares, baladas legendarias, proverbios locales, dichos vulgares, supersticiones y antiguas costumbres y cuanto a tales especies se refiriese".

Es frecuente escuchar que desde 1846 o desde la Folklore Society "na-

ció la nueva ciencia".

Las investigaciones sobre la materia llamada posteriormente folklore se iniciaron desde que los hombres tuvieron conciencia del saber tradicional del pueblo, es decir que hay que rastrearla entre las culturas más antiguas de la humanidad.

Los materiales fueron recolectados por hombres que los diferenciaron y clasificaron. Esto supone un método. Es decir que durante siglos se trabajó la materia del folklore, sin llamarla así.

Hesfodo en "Los trabajos y los días", recoge y clasifica leyendas y tradiciones de su patria. Aristóteles (384-322 a.C.), notable paremiólogo, tomando dichos, proverbios y frases, escribe un refranero popular. El obispo Sinesio salva una definición suya del refrán.

Evhémero, a fines del siglo IV a.C. en su obra "Sacra Inscriptio", investiga la mitología griega. Erasmo (siglo XVI), en su obra "Adagia", reúne proverbios, adagios, vigentes en los pueblos griego y romano, esclareciendo sus orígenes. Su discípulo, Juan de Mal Lara, realiza en el prólogo de su "Philosophia vulgar", un hermoso programa de folklore.

Fabriú, en 1520 publica en Italia, un libro sobre el origen de los proverbios vulgares.

Pedro Mexía compuso en 1542 la "Silva de varia lección", un verdade-

ro acopio de supersticiones, arte de magia y otros aspectos de las especies populares de la época.

El doctor Iván Soraphan de Rieros, en 1616, da a conocer "Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua", donde estudia precedentemente el refrán, sus orígenes, formas y alcances, encuadrando su estudio en las supersticiones relativas a la terapéutica.

Juan Bautista Vico (1686-1774), en su "Scienza nuova", fija nuevas pautas al estudio del folklore. Para él la existencia de los pueblos tiene como fundamento a la tradición.

Herder, en su obra "Volkslieder" (Cancionero popular), estudia el mito, con aguda penetración psicológica y en general todas las expresiones del pueblo, alentando fervorosamente las recopilaciones. Los jóvenes alemanes, en 1770, lo declaran su caudillo y con su ejemplo se vuelca al folklore, buscando el verdadero espíritu del pueblo.

Así se podría seguir enumerando hombres que a través del tiempo hicieron ciencia del folklore sin llamarla así.

Es decir que el arqueólogo Williams John Toms tuvo la gloria de hallar un nombre para esta ciencia, pero ella en sí es tan antigua como los pueblos.

El folklore, como sustantivo común, es el conjunto de materiales que pueden quedar incluidos en esa denominación.

Folklore, como sustantivo propio, es la ciencia que estudia dichos materiales.

El 22 de agosto, día en que apareció por primera vez el vocablo folklore, se celebra el "Día Mundial del Folklore".

LA AUTORA: Profesora Nacional de Danzas Nativas y Folklore, oriunda de Concordia.

Autores consultados: Augusto R. Cortazar  
Ismael Moya

### "El Gualaguay": un colega identificado con lo regional

Nos encontramos casualmente, durante las jornadas de Educación por el Arte, en pleno trabajo: "El Gualaguay" —representado por R. "Cary" Pico— y "Rocinante". No pudimos conversar como quisimos porque, por ambas partes, teníamos compromisos contrarios. Pero nos quedó un ejemplar del colega que aparece cada tres meses en aquella ciudad entrerriana.

Se trata de un periódico de información cultural de la región que edita la Sociedad Fomento Educativo de Gualaguay, impreso en offset, y en su primer número abunda en informaciones, reportajes y notas en apretada tipografía, lo que significa un claro beneficio para el lector. No hay titulares "catástrofe" ni preguntas tontas (como podría ser: "¿Te gustan los huevos pasados por agua?") con las que suelen idiotizarnos las revistas de gran circulación.

Hay mucho más para decir. Pero ni el espacio ni el tiempo nos lo permiten. Prometemos volver a ocuparnos de "El Gualaguay".

# EL LATÍN: una llave, no una muralla

La primera sílaba española que sonó en América estaba inaugurando — quizá sin suponerlo al principio — un alucinado mundo de conquistas, cabildos, esclavitud, rebeldías y credos; mundo desgarrado cuyas contradicciones aún se debaten entre nosotros. Entre las hebras de esa trama inextricable, no es la menos profusa, sin duda, la que componía la textura viva de aquella España imperial y resulta, aún hoy, uno de los nudos fundamentales de la cultura de occidente: la latinidad.

No nos es dado olvidar que en la lengua que hablamos todos los días resuenan todavía las palabras romanas y, en ellas, el espíritu vigoroso de un pueblo que supo, aunque con tremendas miserias, dejar en la historia la imagen de una grandeza imborrable. Roma, así, viene a ser una llave maestra de esta "cultura occidental" de que somos herederos (sin que esto signifique ponerla por encima de otras culturas, como las indígenas, injustamente sacrificada).

El aprendizaje del latín, desde este punto de vista, no sería un lujo erudito, sino una forma de acceder a fuentes importantes de nuestro modo de vida, nuestro derecho, nuestra literatura. Así lo entendían quienes, a sólo

cincuenta años del viaje de Colón, habían logrado enseñar latín a los indios; también quienes prohibieron esa enseñanza, temerosos de que los esclavos supieran demasiado. Así lo entendía Mariano Moreno, que inscribió en el frontispicio de su primera "Gaceta de Buenos Aires" (7 de junio de 1810), esta frase de Tácito:

...rara temporum felicitate, ubi  
sentire quae uelis,  
et quae sentias, dicere licet.

"...en la rara felicidad de los tiempos en que está permitido sentir lo que quieras y decir lo que sientas".

Todas estas reflexiones, a partir de una interesantísima documentación, nos sugiere el libro "Latín II - Lengua y civilización", de la profesora Marta Royo, libro que, más allá de su finalidad didáctica, se lee con verdadero placer. Esta docente, que visitó Concordia el 5 y 6 del corriente, publicó en 1983 el primer volumen de su método, que básicamente consiste en partir de los textos originales (a veces adaptados) y relacionar íntimamente los contenidos de lengua y civilización. De este modo, el alumno logra acceder al mundo latino en forma inmediata y creciente, y no se ve abrumado por un catafalco de reglas gramaticales sin utilidad visible; mal legendario de la enseñanza de las lenguas clásicas (y de la materna).

Durante su permanencia aquí, invitada por el Bachillerato Humanista Moderno y el Departamento de Letras del Instituto de Profesorado Concordia,

Marta Royo dictó un curso sobre Metodología del Latín, al que asistieron numerosos docentes y alumnos terciarios. Esta actividad permitió conocer importantes aspectos del método planteado en los dos volúmenes de "Latín - Lengua y civilización". Lo más sorprendente es, quizá, la recomendación de la autora de que los alumnos no utilicen diccionario, al menos durante los primeros años de aprendizaje, sino que vayan memorizando un vocabulario básico, no en forma mecánica, pero sí por el interés que pueden despertar en ellos los temas que se tratan, cuya relación con el mundo actual resulta patente; incluso, según la experiencia de Marta Royo, son los propios alumnos los que descubren, por ejemplo, que así como los romanos elevaron a los hombres notables de su historia a la categoría de héroes, también nuestros próceres, en la "historia oficial", se han convertido en semidioses inmunes al error y a la derrota. O descubren, a partir de manifestaciones de la Roma del siglo I y de la Argentina del siglo XX, qué poco ha cambiado desde entonces la situación marginal y la discriminación que sufre la mujer.

Como síntesis, el método de enseñanza del latín de Marta Royo propone una saludable vuelta a las fuentes, a los textos originales, a los documentos auténticos, y muestra a los jóvenes lo que todavía vive de aquellos lejanos orígenes de una caudalosa tradición cultural. Una forma de ayudarnos a ver y a interpretar mejor el mundo en que vivimos y nos formamos. ●

Ahora en la Argentina!



## Salvat / uno

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO BÁSICO  
Tamaño: 18 x 25 cm. - 150.000 entradas.

60.000 artículos enciclopédicos.  
3.750 ilustraciones a todo color.

Más de 400 mapas.  
Abundantes cuadros y esquemas.

1.517 páginas, papel de excelente  
calidad y sólida y elegante  
 encuadernación.

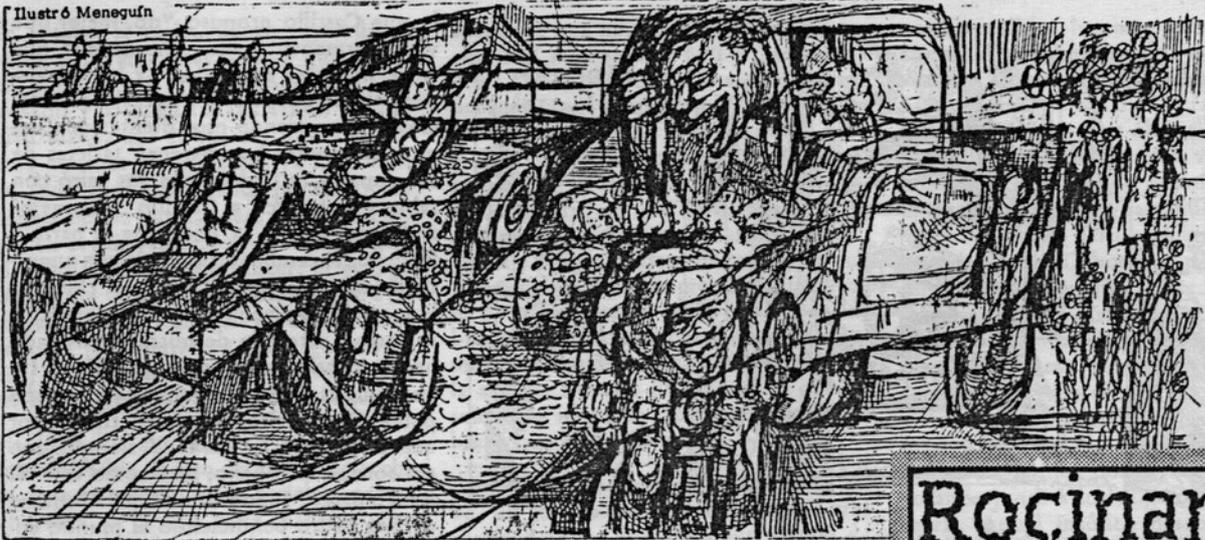


Con la garantía SALVAT

LA PEQUEÑA GRAN OBRA  
DE UTILIDAD CONSTANTE PARA  
TODA LA FAMILIA

Libro  
CLUB

Galería  
Entre Ríos  
Local 35  
Concordia



## Rocinante

LITERARIO

### VIAJE A LA PRIMAVERA

por Daniel González Rebolledo

EL AUTOR: docente radicado en San Salvador; primer premio Concurso de Cuentos del N.E.A. en 1985; participó del reciente Encuentro de Músicos y Poetas en Concordia.

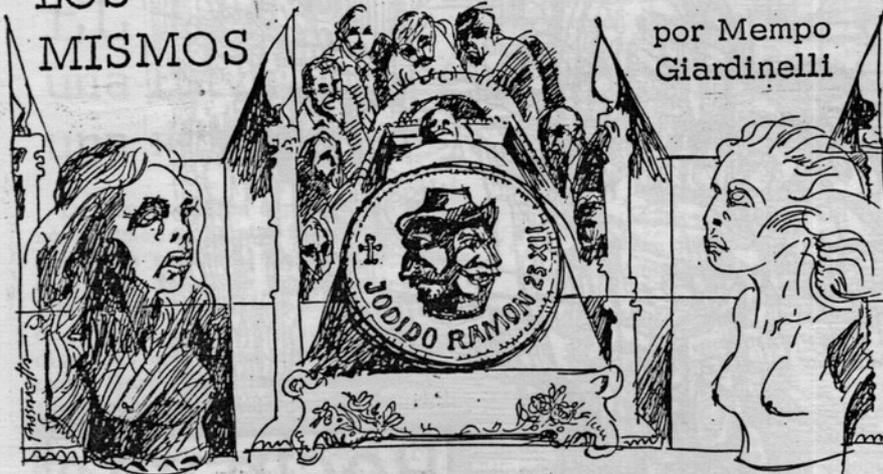
Casi 100 Kms. en una 250 c.c. ya no me causan ninguna gracia, pensó Romero, y menos en este camino de serranías. Por suerte cada tanto aparece una terraza de estacionamiento para dejar de andar y mirar el paisaje, mear sobre la creación y gritar, gritar. El grito se revienta en el sol del arroyo y salta en infinitos colores con trinos de pájaros, el arroyo está colgado del abismo y Romero, de piernas abiertas, grita ancestralmente. Después, una patada brusca y la moto baja velozmente por franjas de calor y frío, de vientos cambiantes como las canciones que a plena voz canta Romero.

Con la primavera, no sólo las plantas reverdecen, dijo anoche uno de sus alumnos en un improvisado discurso, lo de siempre en estos festejos: pálidas pecas de alegría en la gastada piel de la profesión, disparos aislados de vida contra el Plúmbeo Consejo, y mejor no acordarse de los Directivos, pensó Romero en el momento justo en que sintió el escozor en el cuello, entre la remera y la piel, ahí atrás, un bicho, posiblemente se atascó una avispa, la moto a más de 120 Km. bajando la cornisa y el ardor terrible exigiendo el manoteo intuitivo, para arrancarse de ahí al bicho de mierda éste, arde la ponzoña bajo la piel caliente...

A partir de aquí Romero empezó a notar cosas más bien particulares: en el espejo retrovisor aparecían, se formaban con distintos reflejos y desaparecían, imágenes en brillo que él tomaba por automóviles al principio, pero que después re-

ventaban como una pompa de jabón. Notó, o no estaba seguro si fue precisamente ahí o antes, que su olfato se había abierto, sentía los efluvios de los árboles en flor, como se estuviera él mismo entre el follaje florido, paraísales, tungales... "Lo que hubiera hecho Van Gogh con estos tungales en flor de Misiones", gritó Romero. Y vio al aguilucho que planeaba soberanamente sobre la falda del monte. Y después, o antes, ya tampoco podía precisar, la primera mariposa se estrelló contra el visor de su casco, y el camión apareció en el medio de la ruta, embistiendo hacia él para pasar a otro camión que asomaba jadeante en la subida, y la curva y los zac-zac-zac de los cambios en rebajes, y el freno de adelante por favor, con la mano engarfiada, y el de atrás, rápido, con el pie derecho apretando angustiosamente y la banquina salvadora pero difícilmente bien tomada a esa velocidad sin irse a la mierda, y la puteada grande, y la nube de mariposas como nunca antes viera, brillando al sol, envolviéndolo. Se acordó que había visto muchas en un abrevadero el verano pasado, pero como esa nube susurrante en la que entraba, jamás. "Estoy haciendo realmente un viaje a la primavera", dijo o pensó Romero, ganado por una plenitud reconfortante, y entonces sí pudo dejarse inundar por los olores, por el verde, por los blancos tungales, los celestes paraísos, e incluso, soltar nomás la moto para arrancarse del todo al bichito del cuello, por fin, pensó, mientras se dejaba volar colgado de las mariposas. ●

# LOS MISMOS



por Mempo  
Giardinelli

**S**abíamos que en algún momento la Gladys era capaz de aparecerse, y eso nos tenía nerviosos. Había un cierto fervor en todos nosotros; una expectativa desfavorable, digamos, un deseo generalizado y unánime de que pudiera contenerse, que se aguantara el dolor sola, en su casa. Y era de esperar que alguna amiga del barrio ya hubiese corrido a asistirle, a distraerle y acompañarla para que no compareciera, para disuadirla si se atrevía a ir al velorio de Ramón.

Estábamos los mismos de siempre: Pianello, Castillo, El Rengo Luis, Carmencita, Krasniasky, Gómez y el Mudo Martinelli, todos en la puerta del comité, preocupados, atentos a los coches que doblaban la esquina enfilando por López y Planes, no fuera a llegar la Gladys en el Fitito azul, el cascajito ese que le regaló el Ramón en el sesenta y

cho, cuando echó buena en tiempos de tener Vasena y se hizo onganista y se puso a defender a los militares como si fuese hecho la colimba. Estábamos ahí, abiertos de calor, sofocados por la humedad de la mañana, bajo el jacarandá de la puerta del comité, fumando y hablando en voz bajita todavía, aunque ya El Rengo había soltado un par de carcajadas con los primeros cuentos que narró Gómez, el peluquero de Villa San Martín. Ante el reproche, se excusó —El Rengo— diciendo que ya habíamos mostrado nuestras jetas de tristeza, que el Ramón se había muerto a las cuatro de la mañana y desde las siete estábamos todos ahí de modo que nadie podría quejarse; encima era domingo y el domingo es buen día para morir, así vienen todos los amigos, decía El Rengo, y ultimadamente los cuentos de Gómez son buenisimos, já já y já já.

Ya habíamos recorrido la previsible variedad temática para la ocasión: política, inflación, el desastre de Ralng, el repunte de For Ever, los últimos ilícitos de los milicos a cargo del gobierno provincial, las tasas de interés, y hasta le habíamos sacado el cuero a la viuda de Pérez (Castillo dijo que le decían Cerveza de Verano, porque la chupan todos) y al idiota Lorenzo, tan guampudo que un

poco más y los pajaritos le hacían nidos en las ramas de la cornamenta, esas cosas, y hasta Carmencita había hablado del arte diciendo que era una sensibilidad que no podía expresarse con palabras, y citó a Don Ernesto Montiel, el chamamecero que una vez afirmó —"tal vez mi música diga lo que decir yo no puedo", o sea que el arte era indefinible "pero es algo que se siente", concluyó Carmencita. Castillo se burló: "A mí no me gusta tu arte, prefiero miarte" y El Rengo le festejó la grosería, y entonces yo dije ché, carajo, respeten un poco. Naturalmente, a primera hora de la mañana ya habíamos recuperado y repetido todos los lugares comunes sobre la muerte, y también las paradojas que siempre se detectan en los velorios, como que Ramón moría el mismo día 23 antes de navidad que su finado padre, fallecido veintitrés años atrás, qué increíble, qué casualidad.

Estábamos ahí, mirando la esquina, y Pianello dijo "va a venir, la loca esa va a venir" y puso cara de semental cansado, que es la única que sabe poner pero que ya no le sienta porque a los setenta y cinco además de los pelos lo que se le cayó es la virilidad, como es debido. Castillo opinó que "habría que ir a la casa de la Gladys, digo yo, para detenerla", y Krasniasky replicó "tonce andá vos, queride, si 'stás tan preocupado por chica esa", a

lo que Castillo propuso "no, mejor que vaya Carmencita, andá Carmencita que entre minas se entienden" y lo codeaba a Martinelli que se reía a carcajadas silenciosas y mostrando esos dientes que tiene, tan grandes que parecen tarjetas de funcionario, y Carmencita los miró con rabia y le retrucó a Castillo "no, mejor andá vos, pero a la puta que te parió". Pianello, encendiendo un faso con angustia evidente, la cortó "acábenla che, que la loca esa va a venir, lo presiento acá" y se tocó el esternón desnutrado, chupado hacia adentro como si en las tripas tuviese una aspiradora, mientras yo pensaba pobre Carmencita, tan buen tipo, ¿por qué carajo nos bancará? Y siempre con esa sonrisa de bueno, que como dice El Rengo parece Juan Pablo II en la ventana de San Pedro bendiciendo al mundo como se lo ve en la tele.

Nos quedamos un rato en silencio, después, cavilosos, como retornados a la tristeza que había que mostrar, con la cual recibimos al Turco Mata y a Benito Lugones, quienes se: acababan de enterar y lógicamente no lo podían creer, y a quienes entre todos informamos rápidamente y poniendo caras de desgraciados, con frases cortas y voces graves, y "tá madre quién hubiera dicho tan joven todavía justo ahora pobre Ramón, y yo me quedé pensando en ese "justo ahora" inevitable, justo cuando, cuál juventud de Ramón si a los casi sesenta había jodido de lo lindo y le debía ofensas a media ciudad. El Rengo dijo "hoy aquí, mañana quién sabe", y Gómez lo corrigió "no te hagás el chistoso que mañana me tenés que devolver la guita que te presté", y desde adentro llegaba, desgarrador, el llanto de la viuda de Ramón, quien lloraba despacito, con cierta dignidad solemne la señora, rodeada de sus hijos, sus cuatro hermanas, dos cuñados, el cura Kourchenko, todos los Marpegán (que son como mil; una unidad básica peronista ellos solos) y algunas viejitas lloradoras de esas que se anotan en todos los velorios, como nosotros, que siempre somos los mismos, sólo que nosotros nos quedamos en la puerta, discretos, custodiadores y firmes como granaderos, aunque a veces, hay que admitirlo, algo despelotadores y estentóreos.

La mañana transcurría en calma, y de no habernos dominado el temor a que apareciera la Gladys, habría sido un velorio más. Entraba mucha gente, se quedaba un rato y luego salía. Nosotros, en la puerta, saludábamos a todos, prestábamos lapiceras para quien quería firmar una tarjeta de pésame, indicábamos don-

de estaba el cajón, dónde la viuda, si había café, anís, esas cosas, y quién estaba y quién no, y a quién se le había avisado y a quién faltaba avisar. Y también sacábamos el cuero y nos contábamos chismes y chistes que ya sabíamos, en todo caso asombrados por la coincidencia de esa navidad, ese diciembre negro en el que ya llevábamos seis velorios: el Pelado Cobián, de cáncer; el gallego Urruti, de viejo; el turco Moussa, de avaro (eso lo dijo Krasniasky); el sueco Lagerqvist (de aburrido y fiel, según Castillo); el colorado Marpegán (siempre hay un Marpegán para morir, en Resistencia,

si media ciudad son marpeganes) y, caso increíble, el hijo del Fideo Zelecchini, que se estrelló en la bicicleta contra una vaca en la ruta once, habrarse visto algo más ridículo, y cayó con tanta mala suerte que se desnucó. Inevitable, también: comparábamos velorios y sólo en un punto coincidíamos: ése había sido el más conmovedor y el Fideo partía el alma a todo lo largo, flaco y rubio que era, igualito que el muchacho en el cajón, había sido realmente una injusticia de Dios —como dijo Carmencita— tan lindo chico, joven, fuerte y viril. Y entre comparación y comparación, un chiste de Gómez, una puntada graciosa de Castillo, las carcajadas de El Rengo, el mal humor de Pianello, en fin, todo eso que siempre hacemos para aliviar la tristeza de los velorios, y claro, no faltaron evocaciones al propio Ramón, tan oportunista y controvertido pero tan generoso con la Gladys.

Habrán sido lo que quieran, el Ramón, un perfecto hijo de puta, pero jamás dejó que le faltara nada a la Gladys, como tampoco a su legítima señora esposa, la verdad sea dicha. Fue un duque y hasta producía envidia. Como afirmó Krasniasky: "Para mí Ramón fue modelo de cabayere, che, no como tante hico de puta que veo", y lo dijo mirando de reojo, sin disimulo, a Castillo, quien lo ignoró porque en ese momento Gómez dijo, tocándose la nariz para taparse la boca y que no se viera que era él quien hablaba: "Miren, ché", y todos vimos que desde el centro, como a tres cuadras, venía el cochecito de la Gladys, regulando lentamente bajo el sofocón del mediodía, reverberante, como un espejismo del verano chaqueño.

El autito avanzaba despacio, como si viniera pensando, rumiando una pena. Denunciaba ese modo de conducir que tiene la gente concentrada en sus determinaciones, que sólo mira para adelante, ni se fija en las esquinas y encima tiene la

suerte de que nunca se le cruza otro coche. Así marchaba el 600 y Carmencita dijo: "viene; la loca esa viene; no hay decencia, qué barbaridad". Pianello se sobresaltó: "¿No les dije? Lo sentía acá" y se golpeaba el pecho magro. Krasniasky auguró: "Cagamos, che, ahora se arma podrida; ¿por qué no quisiste ir parar eso muchacha, Castiyite de mierda?". Yo dije para mis adentros que había que detenerla y Martinelli propuso que mejor ni la saludáramos, mejor hacernos los burros, que iba a pensar la viuda de Ramón, si después de todo era buena gente, la señora, siempre haciéndose la que no sabía que nosotros sabíamos que ella sabía lo que había que saber.

De adentro vinieron un llanto de pibe, un sollozo de la viuda y dos o tres suspiros de las lloradoras justo antes de retomar impulso para los gemidos largos y sufridos. Uno también podía oír cómo en un rincón del comité el cura Kourchenko reiniciaba un enésimo rosario, acompañado por un coro de señoras. Y enseguida vimos que alguien que estaba en la puerta, detrás nuestro, se metió como rata sorprendida, seguro que para ir con el chisme adentro o para solazarse en privado porque la maldad humana no tiene límites. Yo presentí la tragedia y lo codeé a Gómez, que estaba a mi lado: "Se pudre todo, Gómez".

El Fitito azul frenó junto a la vereda de enfrente al comité, detrás de la camioneta de un Marpegán (tienen muchas camionetas los Marpegán; ésta era una Ford roja, la de Gregorio, el exportador de cueros) y contra lo esperado, la Gladys no se bajó del coche, ni miró hacia nosotros. Se quedó con la vista clavada en el horizonte, es decir en la estatua de Belgrano que estaba en la plaza, allá adelante, como preguntándole a la historia qué iba a hacer en ese futuro inmediato que sin dudas ella también intuía violento, trágico, irremediable.

En nuestra vereda, todos estábamos en absoluto silencio, petrificados como en un ballet detenido en una fotografía: formábamos una especie de pasillo de tristeza, de dolor y resignación por el cual iba a terminar circulando la Gladys. Porque nadie quería suponer que había venido en tren de provocación, simplemente a quedarse ahí y que la viéramos, que supiéramos de su congoja. No, la Gladys no era de hacer eso; yo supe que iba a bajar del coche y entrar al comité. Carajo, era mucha mujer, muy hembra; había dejado todo en la vida: familia,

novios posibles, honor y juventud por el amor ciego, desmesurado, casi candorosamente ingenuo que le tuvo al Ramón. Lo que pasaba —me dije— era que la Gladys debía verlo, pues él ni siquiera pudo despedirse de ella cuando le vino la trombosis en el Club Social, ganando al póker, una semana antes y para nunca salir del coma. O sí salió pero para ir al cajón que le hicieron los Debonis a pedido de un servidor, de algarrobo lustrado y manijas doradas con el Cristo gaucho que me encargó una vez, en La Estrella, cuando después de unas elecciones en que los socialistas fueron unidos con los conservadores para perder igual frente al peronismo, me dijo lo tenemos merecido, camarada, porque por gorilas terminamos votando junto a los oligarcas, me quiero morir. Aquel insólito deseo indeseado, mentiroso, lo hizo recordar que debía tomar precauciones y entonces empezó a construir el panteón de mármol de Carrara que le costó un huevo pero que pagó con un negociado que hizo con el jefe del regimiento, luego de lo cual me obligó a prometerle que me ocuparía del cajón que quería tener. Y yo había cumplido esa mañana con su deseo, a nombre de su señora viuda, jodido Ramón.

Nos quedamos petrificados, digo, por el impacto de ver a la Gladys con ese vestido morado —el mismo tétrico color de las cintas de palmas y coronas—, demacrada pero todavía buena moza, lozana sin pinturas, con los pechos erguidos diría que con orgullo, y toda ella con una dignidad tozuda, empedernida, admirable. Linda mujer, debía andar por los cincuenta y no se marchitaba. Había querido hijos pero no los tuvo por amor a Ramón, quien siempre le juró que la amaba pero no hasta el punto de engendrar hijos. En dos casas, la vida era así —decía Ramón— y él no tenía la culpa si le puso primero en el camino a su legítima. La Gladys debía comprenderlo.

Y cómo comprendió, qué nobleza, qué amor tan grande, sublime, envidiable, cómo saben amar las mujeres. Siempre se entregan en serio, con todo, sin reservas, aunque sepan que los hombres son unos canallas. La Gladys dejó todo por ese amor y fue abominada por su familia, criticada por la iglesia, soslayada por sus amistades, y todo porque aceptó ser amante de Ramón, porque se entregó al imperio de sus pasiones —como dijo Carmencita un día, en La Estrella, entornando los ojos y sonándose un moco, completamente ensoñado y cursi—; cómo lo amó, si hasta la echaron de su puesto

de vicedirectora de la Escuela de Niñas con ese traslado infame a una escolita de campo en Machagai, nombramiento que declinó con toda dignidad para abrir el kiosco que durante años atendió en la ventana de su casa con su madre, mientras tuvo madre porque Doña Florinda murió en el setenta y dos de un cáncer al hígado, renuncia que significó abandonar su vocación docente por ese hombre al que ahora velábamos nosotros, los mismos de siempre, un hombre cínico, interesado y egoísta que siempre fue amigo de los gobernadores y de los intendentes.

Y sobre todo de los militares con los que jugaba al polo de joven, les vendía forrajes para las caballadas de grande, y les prestaba el nombre para los negocios turbios de viejo; jodido Ramón, siempre de turno para aplaudir en los palcos de los interventores militares, para asentir ante los patrióticos discursos, para abrazarse con los obispos después de los tedéum, para apadrinar la inauguración de monumentos y las fiestas de la primavera y los desfiles de la Semana del Algodón. Pobre Gladys, que amó a quien no lo merecía, acaso para confirmar que el amor es ciego, es tonto, torpe, pero también cruel como las tormentas del verano, como las inundaciones que no perdonan cuando desborda el Paraná.

Petrificados, vimos cómo la Gladys parecía juntar fuerzas, tragarse el llanto y la rabia, tomar el último impulso necesario. La mirábamos, alelados, pero nadie se atrevía a intervenir, a decirle Gladys, mejor váyase, chamiga; a ofrecerle una compañía piadosa, una mano en el hombro para sacarla de allí. Nuestra impotencia y nuestra cobardía estaban en el aire, suspendidas como ropa expuesta al sol en una tarde sin viento, colgadas como los sucios y culposos calzones de nuestras conciencias. Nos preguntábamos qué iría a hacer la Gladys: si sólo bajaría del coche para instalarse en la vereda y espiar por la ventana o si la vencerían la locura, el dolor y la rabia. Todos sabíamos que jamás se habían cruzado con la viuda; ésta nunca había pisado la calle Bartolomé Mitre en la cuadra del kiosco, ni la Gladys caminado la cuadra de la calle Donovan entre Tucumán y Salta donde vivía la familia legítima de Ramón, las dos tácitamente decididas a conservar sus investiduras, sin atreverse a transgredir la imposición del hombre amado, abroqueladas ambas con sus respectivos (y respetables, como dijo Krasniasky un día y no supimos si fue broma o su dificultad de dicción) rencores de la una hacia la otra, en sus envidias, en sus

silencios, incapaces ambas de condenar —siquiera de juzgar— al mismo Ramón que no dejaba de cumplir ni sus deberes de marido ni sus rituales de amante, eso sí, hay que decirlo, porque ese turro fue fiel a ambas a su manera.

Todos nos interrogábamos con las miradas, un tanto desalentados porque todo sucedía con extrema lentitud: la Gladys continuaba aferrada al volante del Fitito; Pianello mascullaba por lo bajo que "lo presentía, lo siento acá", dándose golpecitos en el esternón como en un mea culpa; Krasniasky hablaba solo, moviendo los labios como si rezara en el templo; Gómez seguía cubriéndose la nariz con la mano y cada tanto soltaba un hummm. . ., hummm. . ., hummm. . . como una sirenita de barco de juguete; Castillo fumaba un puchilto que agarraba con el índice y el pulgar, sin quitarle los ojos de encima a la dama. A Martinelli, El Rengo, Mata y Lugones yo no los podía ver, y a Carmencita tampoco pero detrás mí lloraba, me di cuenta de que lloraba, pobrecito, enamorado del momento, tan sensible Carmencita que es capaz de lagrimear cuando recita de memoria versos de Bécquer o de Nervo, tan maravillosamente pelotudo que, con los amigos que tiene, de repente va y escribe una oda a la orquídea silvestre como hizo vez pasada, o se larga a intentar palíndromos berretas que dicen, por ejemplo, "amar a la rama" o "¡Salta, Atlas!" como nos despachó antenoche en La Estrella y fue ofendido por el grotesco pedo oral que le besó Castillo y el "esto chico Carmencita promete mucho, che", que lapidó Krasniasky medio en serio y medio en broma. Todos, ahí, sentimos un mismo estremecimiento en el momento en que la Gladys alzó los pechos, cargados por el aire de la decisión tomada, y abrió la puerta del cochecito con violencia, con una energía imprevista y tras dar un portazo que nos hizo temblar, al Fiat y a nosotros, cruzó la calle taconeando sobre el pavimento, rumbo al comité.

Entró seguida ipso facto por todos nosotros y por otros vecinos que se habían acercado al duelo y se sintieron cautivados por la duda silenciosa de la Gladys, como el matrimonio Belascoarán, los Gandolfo, los Melnik, el Oruga Martínez (quien como su nombre lo indica siempre come de los demás) y La Viuda Alegre Risolfa, que así le dicen porque desde que se le murió la esposa las malas lenguas cuentan que todas las noches cruza a Corrientes para levantarse soldaditos, y otros más que no tiene importancia mencionar, todos los cuales nos cerramos en abanico tras el paso de

la Gladys, quien entró a la casona como Roca en toldería y, sin decir una palabra, y ante el azoro general pero en primer término de la viuda, que se dio vuelta y la miró con rencor, sacó de enmedio al cura Kourchenko cuando pretendió intervenir, y con esa voz hombruna que tiene, dirigiéndose al cajón, proclamó: "Este macho ha sido mío y lo velo yo o no lo vela nadie", seguido de lo cual apartó a dos comedidos como Alan Ladd abriendo la puerta del saloon, caminó hacia la viuda, la miró con desprecio y en un medio giro hacia el féretro, alzó una pierna y, de una patada, tiró el cajón a la mierda.

Ramón cayó dando una vuelta sobre sí mismo, en medio del estrépito de los altos candelabros que también se desmoronaron, con palmas y coronas y cintas moradas, y quedó boca arriba (y boca abierta porque se le salió la cosa esa que le ponen a los muertos para apretarle los dientes) mirando absurdamente los calzoncillos de Kourchenko, pues dio la casualidad de que también se le abrieron los ojos y quedaron justo bajo la sotana. Sólo la bestia de El Rengo fue capaz de reírse en tal circunstancia, con su carcajada procaz, para festejar el comentario en voz bajísima de Gómez, quien dijo que los huevos del cura eran tan inútiles que sólo merecían la mirada del finado. Y de repente reinó el alboroto, y el llanto de algunas mujeres se hizo histérico, y en medio del caos fue impresionante ver a la Gladys agacharse sobre Ramón para acariciarle la frente, cerrarle los ojos y darle un inexplicable beso en la boca, que a mí se me antojó heroico y asqueroso a la vez. Le dijo: "Hasta siempre, mi amor" en voz alta, dirigida al alma de su amado pero también a la conciencia de los allí presentes, y luego se puso de pie y salió despacito, desafiante, caminando a la manera de esos policías gordos y con callos plantales, rumbo a la vereda, a la calle, al Fiat que puso en marcha y arrancó, lenta, desahogada, para nunca más volver. Porque esa misma noche de domingo, en La Estrella, circuló la noticia —que confirmaríamos al día siguiente— de que la Gladys se fue de Resistencia sin despedirse de nadie, sin dejar una nota, un saludo, rumbo a un exilio que con el tiempo la gente se encargaría de fantasear innoble y que ha de ser otra historia que seguramente nadie, nunca, va a saber en Resistencia. A nosotros, los mismos de siempre, la Gladys nos impuso así el triste deber de recordarla en cada velorio, pues desde entonces nunca más hemos podido asistir a uno sin evocar a esa mujer excepcional. ●

DEL DIARIO DE VIAJES  
DE MARCELINO HERRERA

## EL SEÑOR DI PUTADO DON JOAQUIN

por Marcelo Rui Gentile

El día tres de abril del año 1588, el pomposo Adelantado y Licenciado don Juan Torres de Vera y Aragón, secundado por el ilustre Hernando Arias de Saavedra —o Hernández— varón éste nacido en la Asunción —llamada por algunos Madre de Ciudades, por su virtud generatriz, o descalificada por otros como El Paraíso de Mahoma, por la poligamia que allí reinaba— fundaba la ciudad de San Juan de Vera, en un recodo que en la tierra verde forma el río de lomo color tigre, "...en el sitio que llaman de las siete corrientes...", al decir de un historiador, las que darían finalmente su nombre a la ciudad, ubicada sobre el Paraná.

Hasta aquí la historia. Porque a la otra historia me la contó mi amigo el diputado don Joaquín. A la que aquí transcribo sin quitarle o agregarle ni una coma.

Una tarde de 1935, casi trescientos cincuenta años después, dicha ciudad —ya capital de la provincia de su nombre— se estaba al sol con sus blasones por almohadas. Su vegetación exuberante, coronada con las flores de apacho, de chivato, a la que asoman sus collares las palmeras de la ambla de Punta Tacuara, era un techo de verdes, de rojo y de morado que enmarcaba el amarillado de las canchales que, con sus tejas coloradas, colgaban su corredor hasta el borde de las veredas, poniendo su ingrediente colonial a tanta embriaguez de azahares y jazmines, los que, abiertos al cielo azul, aromaban las letanías a la Cruz de los Milagros y a la Virgen de Itatí.

Cercano a la legislatura de Corrientes, el patriarca don Joaquín, diputado por el departamento de Paso de los Libres, recibía esa tarde en su despacho, rodeado de sus secretarios —o apangas— como en una corte en miniatura. La misma, natural en torno de un político de fuste, se desenvolvía

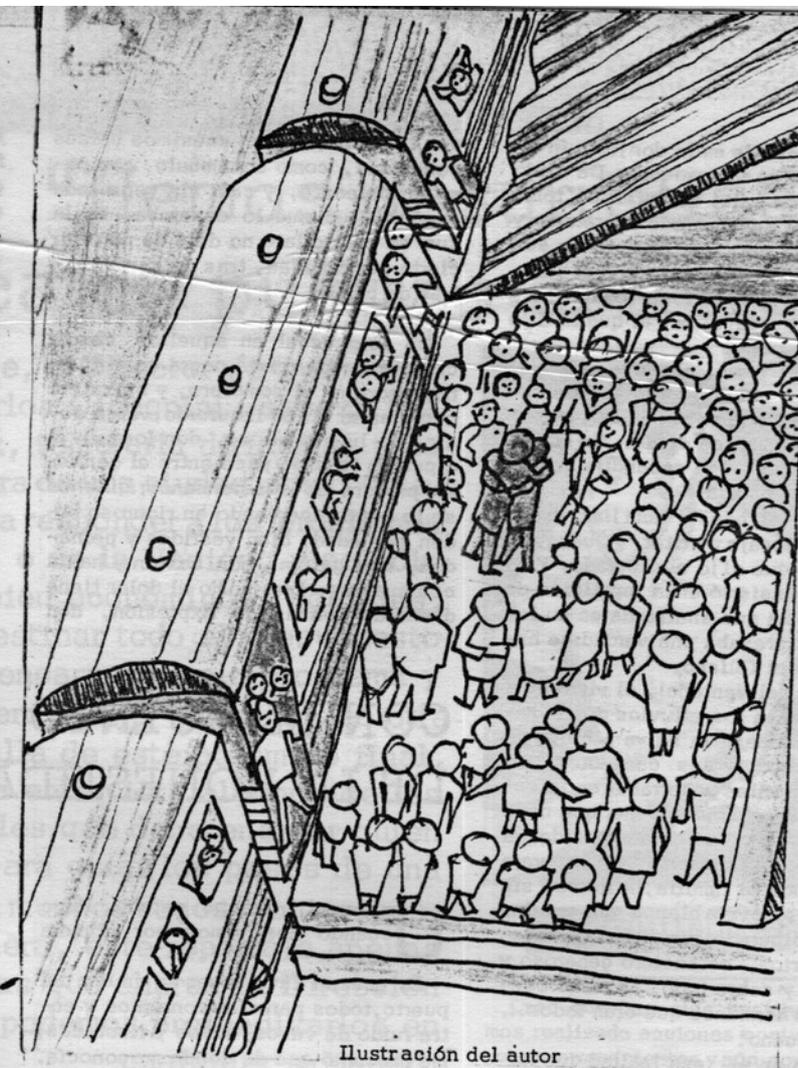


Ilustración del autor

en tal ambiente virreinal con un protocolo muy particular, el que nacido de lealtades laborales y familiares, era franco sin altanerías y fraternal sin servidumbres.

Nuestro caudillo, de riguroso traje blanco y de camisa inmaculada, de corbata colorada —color de su divisa partidaria— y de alpargatas que gozaba antes de calzarse sus zapatos, escuchaba con indolencia, hamaándose en su sillón, la correspondencia que le leía, en castellano con acento guaraní, un secretario de pie junto a su escritorio, y asentía con solemne movimiento de cabeza. Eso sí que cuidando que su cabeceo no le despegara de sus sienes esas hojas de ruda macho que allí tenía pegadas, las que a manera de payé o talismán, protegían contra el mal de ojos, el corazón caído, el empacho, el mal de amores, la traición y la envidia, esos males siempre acechantes de quien es todopoderoso.

Y con gesto casi imperceptible de esa mano que revoleaba su cigarro inacabable, señalaba la respuesta a toda una batería de secretarios que, por

rutina y por comunión con su caudillo, la sabía de memoria.

Contemplaba el grupo humano un chiquilín de andar descalzo, que le cebaba tereré, ese mate con agua fría al que lo había acostumbrado la cercanía del Paraguay.

Todo iba sucediendo con la monotonía de costumbre, de no haberle introducido una variante el secretario que leía.

Porque de pronto, deteniendo la fluidez de su lectura, enmudeció. Y don Joaquín, que a cabezazos enhebraba la lectura, se crispó. Y reaccionando con gestos ampulosos, lo apremió a seguir leyendo. Pero nada consiguió, ya que el pobre secretario paseó angustiado su mirada por la habitación y se encerró en su mutismo. Y en el silencio de la media docena de personas sorprendidas, el jefe le gritó:

—¿Qué es lo que te está pasando? ¡Leé, chamigo, pues..!

El interpelado sacó fuerzas de su pecho, tartamudeó un par de veces, otras tantas abrió y cerró la boca sin poder articular palabra alguna, y se calló.

Si algo tenía de malo don Joaquín emergía al verse contrareído. De modo que ágilmente saltó de su sillón, tomó del cuello al desgraciado secretario y le arrebató la nota, pero rompiendo sus anteojos. Algo frustrado por el incidente, pero más furioso todavía, se dirigió a otro capanga, al que le dijo imperativo:

—Leé vos, pues, chamigo...

Y el segundo secretario, amedrentado, con aflautada voz, fue balbuceando un telegrama que decía: "Lo perdimos a Güicho" —el sabandija benjamín de la familia—. Firmaba "Lorenzo", el cónsul familiar. Escuchar este mensaje y gritar "¿Quééé..." fue todo lo que dijo el diputado. Y no creyendo, insistió en la repetición de la lectura. La que analizada en su laconismo, expresaba una verdad: se había muerto el Güicho.

A través del ventanal, el viento del norte arrasaba los efluvios que el Paraná arrastraba de la selva paraguaya, con sus incontables camalotes; los gorjeos estivales penetraban en la estancia y todo hacía suponer que nada había pasado; pero había sucedido: el Güicho se había muerto, y a la oveja negra de toda la familia, la lloraba sin consuelo esa oveja blanca que era don Joaquín, diputado sin doblez, amigo de contrarios, estanciero generoso y generoso, y sobre todo, hermano bueno de unos hermanos que eran todos... bueno, bueno!

En torno de él, esa lealtad que había sabido amasar con tanto esmero, le devolvía su cariño. Ya que pasando por encima de ese ente entregado a su dolor, que era su jefe, decidía por su cuenta, y sabiamente.

—¡Que el cherobichá se vaya para Libres! —dijo uno. Y todos asintieron. Y como uno, con timidez y con celo por el futuro político de su patrón, preguntó para cubrirlo:

—¿Y la cita de mañana, con el cherobichá gobernador?

La contestación fue rotunda y general: —¡Añamenbuy con el gobernador! ¡A Paso de los Libres!

Y don Joaquín partió nomás. Como de costumbre en tales casos, antes que él salió el consabido telegrama: "Viajo urgente. Autorizo todo gasto". Y firmaba Joaquín.

Cuando don Joaquín llegó a Paso de los Libres, al día siguiente —en ese tiempo no había caminos en Corrientes, y los viajes se hacían interminables por las paradas y trasbordos— lo hizo demolido, dolorido, y de rostro demudado, al que el dolor le había surcado nuevas arrugas, como expresión externa de su íntimo pesar. Bajó

del tren apoyado en anónimos brazos generosos, como sonámbulo, con paso tambaleante, y casi sin ver a toda una multitud que lo esperaba, en la que su fino olfato no dejó de percibir cierta nerviosidad, tras de sus muestras de cariño.

De luto usual en aquellos casos: corbata negra, cinta negra en el ojal, tira negra en el sombrero, y brazaletes negro en el brazo izquierdo, valga decir, de luto riguroso, don Joaquín el diputado se abrió paso entre el gentío, en procura de sus hermanos; quienes se le fueron acercando en riguroso orden por edad, bien vestidos y peinados, con galera, con bastón y hasta con guantes. Pero como el dolor tiene distintas formas de expresión, don

Joaquín, que no estaba para esas reflexiones, no dejó de percibir una ligera inhibición en todos ellos, que la atribuyó a la tragedia familiar. De modo que, embargado por su honda pena, mientras le corrían las lágrimas por sus mejillas antes de depositarse en su pañuelo, todo negro, apenas pudo estrecharse en los brazos de su hermano mayor, don Lorenzo, antes de exclamar, en un sollozo:

—Lo perdimos al Güicho.

A lo que aquel le contestó, cariñoso y complaciente:

—¡Pero ya lo encontramos! ¡Andaba paseando por esa perdición que es Uruguayana! ¡Vení, Güicho, para aquí, a saludar al diputado!

Y el que entonces se murió, fue don Joaquín... ¡pero de rabia! ●

## CON EL CUENTO DE LA HONESTIDAD

por Beatriz Alonso

Un tanto borracho estaba Hugo cuando nos vimos por primera vez.

La escena tuvo lugar en un bar del puerto, todos parecían contentos y entre ruido de vasos, gritos y risotadas, me preguntó que de dónde me conocía. A mí. "De otra reencarnación, por supuesto" y de la misma manera podría haber contestado que de mi último film, claro, cómo iba a suponer que creía seriamente en esas cosas.

Aunque esto no tiene mayor importancia. Siempre he pensado que no se quieren las ideas de un hombre sino algo más profundo y fuera del tiempo, irracional e inteligente a la vez, intraducible, en fin, a la hermosa, dificultosa, extraña síntesis de las palabras. Una teoría como cualquier otra. Pero me veo obligada a explicarla porque Hugo me interesó desde ese momento, mucho, algo así como pasión-incontenible-desatada a la primera ojeada. Mal de ojo a primera vista. Con desorientación de mi joven persona por ser la primera vez que enfrentaba semejante imprevisto suceso.

Ahora creo que fue su cara de entender todo en una época en que conocía seres y más seres que sólo sabían decir mu-mu. Sin embargo también pienso que lo importante de aquel momento no estaba en lo que decíamos, sino en ese ir y venir de los pequeños gestos y también en los silen-

cios, o en definitiva, en ese anticipo peculiar del cuerpo aceptando o rechazando a una persona mucho antes del razonamiento.

¿Será el amor, como dicen, una sutil trampa de la naturaleza para perpetuar la especie?

Yo llegué a ese lugar con Pepe, un amigo de espaldas enormes que por su parte amaba a una señorita X, momentáneamente lejana; que correspondía a ese amor, según su opinión. Y él, Hugo, presumió que Pepe y yo nos entendíamos en algo, formábamos pareja o como quiera llamársele. Después lo supe. Por el momento me miraba con ojos extraños entre botellas vacías y botellas casi llenas, ojos grises que parecen recibirlo todo, continuamente, que fluyen y parecen de humo y además son duros, con sirenas malditas que cantan desde el fondo. Sin embargo, no me hacían daño. Yo también tenía algo de vino encima y me sumergía dulcemente entre las cosas, sin temor, sintiendo solamente lo inofensivo y acogedor de las personas y del universo. Me atraían esos ojos. Tenía ganas de estar con su legítimo poseedor, hablar hasta el cansancio y llegar al origen de esa voz que se perdía entre un acordeón insistente, monótono, fatalmente reiterado, y una mezcla de risas contagiosas con movimientos continuos de sillas, de personas.

Por tan diversos motivos, mi men-

# Cicognini: "Hemos desarrollado una política de puertas abiertas"

Al final de este reportaje, el Director de Cultura de Concordia, Carlos Cicognini, esboza una solución audaz, temeraria diríamos, para los problemas de la cultura de una ciudad como ésta. Tal vez su solución pueda responder a los problemas de la provincia, o de la Nación, y no sólo culturales, sino también económicos, sociales, habitacionales, etc. Destinar todo el presupuesto de un año a encarar un solo problema y resolverlo no es fácil pero —dijo— "yo no veo otra solución". Más allá de este polémico final, Cicognini planteó en la entrevista algunos de los problemas fundamentales que debe encarar quien fue designado para guiar los pasos de una actividad tan difícil y, en muchos casos, postergada. De cualquier manera, este reportaje apenas roza algunos de los temas que abarca la Dirección de nuestra ciudad. Pero podemos profundizarlos en cualquier momento.

¿Cómo considera que ha sido su gestión en estos ya casi cuatro años en la Dirección de Cultura de Concordia?

Coincidentemente con esa pregunta, nosotros pensamos que ya es hora de rendir cuentas; en ese sentido se está intentando la elaboración de un documento en el que se marcarán los logros e incluso las situaciones, que en el caso específico de Cultura, han quedado abiertas, es decir, no hemos podido cerrar o solucionar. De hecho, reconozco que no tengo la alta capacidad de detectar claramente todos los errores que hemos cometido. Pero, respondiendo concretamente de la manera más objetiva posible, nosotros hemos desarrollado una política cultural de puertas abiertas, intentando permanentemente dar una respuesta positiva, sólida, a todos los proyectos que han llegado a la Dirección de Cultura. Y esto, desde las situaciones menores —como la solicitud de un equipo de audio para una escuela—, hasta la organización mayor del Encuentro de Educación por el Arte, que involucra

un gran esfuerzo. Esto se realiza, naturalmente, poniendo todos nuestros recursos humanos, tecnológicos y económicos a disposición de ese sector que trae una propuesta que consideramos válida. Este sería uno de los aspectos destacables.

¿Y cuál es otro?

Hemos intentado también ir definiendo el rol del Estado en la actividad cultural y en el contexto social en que nos movemos. Para nosotros —y esto ya lo hemos dicho otra vez— la Dirección de Cultura no debe monopolizar la actividad cultural. Contrariamente a esta manera autoritaria de hacer cultura, debemos ir estimulando, generando, para que los sectores independientes puedan impulsar esta actividad y crecer en ella. Hay que tener bien claro, además, que la cultura no va al pueblo sino que viene del pueblo.

¿Qué resultados se han obtenido en ese aspecto?



por Guillermo Fink

Creo que han sido positivos. Hemos realizado acciones conjuntas con grupos preexistentes ya con los que se han creado en este período —Amigos del Arte, La Chamarrita, Grupo Mente, Tava Roga— más allá de los conflictos que pudieron haberse creado por distintos motivos; hemos trabajado con los partidos políticos y otros organismos, además.

Sin embargo, a pesar de la acción que está describiendo, debe admitir que la actividad cultural está totalmente decaída en nuestra ciudad.

SI, y esto ocurre este año.

¿Y por qué es eso?

Fundamentalmente se trata de un problema económico e, incluso, presupuestario. Fíjese que en el rubro espectáculos, nosotros teníamos el año pasado una partida que fue el doble de lo adjudicado este año. El Consejo Deliberante recortó esta partida y naturalmente esto impide la organización de espectáculos con la contratación de artistas que contribuyen verdaderamente a la difusión e incentivación de la actividad. La partida que habíamos enviado para su aprobación en lo que a contratación de terceros

se refiere fue de 11 mil australes; sólo se aprobaron 6 mil, y esto influye ostensiblemente en la realización de espectáculos y en la actividad cultural.

¿A cuánto asciende este año el presupuesto de Cultura?

El presupuesto aprobado alcanza casi a los 60 mil australes, de los cuales 18 mil son destinados al pago del alquiler de la sala del Auditorium y constituye el gasto mayor de ese presupuesto. Hay que reconocer además que es un presupuesto bajísimo. No conozco las cifras exactas pero el presupuesto para esta área en Paraná debe ser mayor a los 300 mil australes, y en Salta supera los 600 mil, sin hablar de ciudades como Córdoba o Santa Fe.

De cualquier manera, estamos hablando de un aspecto que señala la baja actividad cultural en lo que a espectáculos se refiere.

Yo creo que el aspecto económico es fundamental. Uno va al cine y se encuentra que está acompañado por apenas una docena de personas en la función. Sin embargo, debemos decir que, de acuerdo a los estudios —un poco empíricos, claro— que hemos hecho, en una ciudad como Concordia aún recibimos entre 50 y 150 espectadores a una función, lo cual constituye un porcentaje mayor que en Buenos Aires, por ejemplo. Hay que tener en cuenta el fenómeno de la información. El pianista Miguel Angel Estrella, contratado por Amigos del Arte, contó con 50 espectadores. Al día siguiente de su presentación en nuestra ciudad, interpretó el mismo repertorio en el Colón ante un lleno total y hubo gente que me paraba en la calle para contarme su desazón por no haber podido ir a verlo aquí. Esto es un fenómeno difícil de analizar. El año pasado hubo días en que se realizaban espectáculos artísticos el mismo día en Nuestra Casa, Grupo Mente y Tava Roga, y todos tuvieron su público. Este año no hay respuesta excepto para los espectáculos gratuitos. En el Encuentro de Músicos y Poetas, primera jornada, tuvimos 300 que acudieron a la sala, pero sólo 32 que pagaron la entrada. No todos pagan la entrada, sobre todo porque nosotros tratamos de que vaya la mayor cantidad de personas.

¿Eso es pérdida pura?

No es pérdida, es inversión. Pero la Dirección de Cultura tiene recursos que mal o bien le preveen el presupuesto. La situación de los grupos independientes es otra: Tava Roga, Nuestra Casa, el Grupo Mente o la Peña La Chamarrita apenas sobreviven, con

graves problemas económicos.

Hablábamos del Encuentro de Músicos y Poetas. ¿Es lo más importante que organiza la Dirección de Cultura?

Desde cierto punto de vista, seguramente este año será más importante el Encuentro de Educación por el Arte, que se realiza ahora, sobre todo porque vendrán representantes de todo el país y aún del exterior; pero el de Músicos y Poetas es auspicioso además porque en su realización la Dirección de Cultura actúa como nos gustaría que actúe siempre: ese encuentro no es patrimonio de la Dirección, sino que lo es de los músicos y poetas de Concordia, que son quienes lo generan. Ellos plantearon su propuesta, que nosotros entendimos absolutamente válida, y la hicimos como si fuera nuestra. En esa semana, los músicos y poetas hacen y deshacen, entran y salen de Cultura como si fuera su propia casa y esto es lo que quisiéramos hacer siempre.

¿Qué impide a los otros grupos de las distintas actividades artísticas obrar de la misma manera?

La Dirección de Cultura siempre intentó emitir un mensaje que diga "Esta es la casa de los artistas". Tal vez hemos emitido mal el mensaje, o el mismo no ha sido lo suficientemente sólido, y esto marcaría una deficiencia. Pero los que han sentido que la Dirección de Cultura es la casa de los artistas son los músicos y poetas que han logrado el encuentro; en el caso de la Educación por el Arte hay un atisbo similar, pero más atenuado; con el resto hay mala emisión del mensaje, diferencia de proyectos, enemistades personales o problemas de personalidad.

¿Cómo ha sido la relación con la Dirección Provincial de Cultura, atento a las diferencias políticas que existen?

Durante la gestión anterior, con la Dirección Provincial a cargo de Blanca Bidner, la relación humana ha sido excelente, pero desde el punto de vista de los hechos concretos no pasó nada. Por ejemplo, para el Encuentro de Músicos y Poetas del año pasado logramos un apoyo tan pequeño que no alcanzaba a un sueldo básico, tan absurdo que lo rechacé por una cuestión de ética. Este año se logró un apoyo de dos sueldos básicos, digamos. Claro que la gestión está ahora a cargo de Mario Alarcón Muñiz y hay mayor decisión de apoyar situaciones y proyectos válidos, más allá de diferencias políticas. Hubo una carencia importante, cual es la falta de una política cultural, falta muy nítida ante-

riormente, y que ahora se trata de revertir, pero ya sin tiempo para lograrlo.

¿Cuál va a ser el futuro de la Dirección de Cultura después de las elecciones?

Considerando que el contador Elvio Bordet será el intendente, la política de la Dirección de Cultura no variará mucho, ya que Bordet no es otra cosa que un integrante más del movimiento justicialista, aunque naturalmente le pondrá su sello personal. Pero la política será la misma, es decir, puertas abiertas, tratando de avanzar donde se pueda hacerlo, haciendo una mayor infraestructura cultural y cumplir con lo que nosotros llamamos los derechos del artista.

¿Y cuáles son esos derechos?

Derecho al reconocimiento del artista y la dignificación de su tarea, lo que significa pagarle su trabajo. En ese sentido, sólo una vez, por razones muy especiales, la Dirección de Cultura le pidió a un artista que trabajara sin cobrar, pero siempre hemos pagado la tarea; si no lo podíamos hacer, no contratamos; u ofrecimos la infraestructura gratuita para que el artista pudiera hacer su propio espectáculo. Otro es el derecho a la capacitación y al perfeccionamiento, que apunta precisamente a contribuir con quienes quieran hacerlo, facilitándole lo que podamos para que lo cumplan. Y el tercero es el derecho a la conservación y rescate de su obra. Y hay que atender este requerimiento, también con las limitaciones que tenemos.

Ese es otro aspecto de la política cultural.

Sí. Se trata de ir definiendo el esquema y cómo lo vamos aplicando. Ya hablamos de lo que pensamos acerca del rol del Estado en la actividad cultural; también de los derechos del artista y hay muchos otros temas de tan o más difícil solución, como lo es el de la enseñanza del arte. Y en este sentido debemos confesar que no hemos podido dotar a la enseñanza de una infraestructura necesaria: una escuela de música, por ejemplo, que atiende a una enseñanza global y sistemática con un cuerpo de profesores que lleve adelante un programa totalizador de la música. Por supuesto, es un problema presupuestario, ya que se necesitan 20 o tal vez 30 profesores. Esto no va en desmedro de los existentes; al contrario, podríamos hablar de su tarea tal vez como de un apostolado. Yo estoy hablando de otra cosa. También la tecnología está fuera de

nuestro alcance y entonces señalamos otra dificultad; la parte edilicia es otra cuestión que debemos encarar, para que cada actividad tenga su sede propia, por así decirlo.

¿Y cómo se debe encarar esta problemática?

Primero hay que detectar las carencias y una vez hecho esto, destinar todo el presupuesto de un año a solucionar uno de esos problemas, una de esas carencias: 60 mil australes apuntando al futuro, a solucionar de una vez uno de los problemas: o la tecnología, escuela o cualquiera que definamos importante para Concordia. No podemos invertir 60 mil australes en el año para solucionar 60 mil problemas. Debemos definir políticamente qué es lo que vamos a hacer y cerrar todas las puertas de Cultura que no atiendan ese objetivo: yo no veo otra solución, ya que así sólo estamos dando respuestas tácticas, coyunturales a miles de problemas y dilapidando dinero y esfuerzos.

#### CONSERVACION DEL PATRIMONIO ARQUITECTONICO

Un seminario sobre el tema del título se llevará a cabo en Concordia entre el 9 y el 12 de julio próximo. Estará dirigido a arquitectos, historiadores, museólogos, funcionarios municipales, docentes, estudiantes y particulares, y es organizado por el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (Icomos) y el Museo Regional de Concordia.

Uno de los objetivos propuestos — además de la sensibilización necesaria por parte de las comunidades destinatarias de las obras— es el de enseñar los métodos y las técnicas sobre legislación, conservación y restauración de las obras consideradas patrimonio arquitectónico. Sobre esta última clasificación, los organizadores destacan que "si la ruina jesuítica marca un hito en la geografía misionera, también lo hace la construcción urbana tradicional que relata el progreso de cada pueblo y ciudad. Cada espacio —recalcan— tiene su historia, y cada historia debe ser respetada, protegida y resguardada".

El seminario será auspiciado por la Secretaría de Cultura de la Nación, la Dirección Nacional de Museos, la Dirección de Cultura de Concordia, la Asociación Amigos del Museo Regional de nuestra ciudad y el Centro de Arquitectos de Concordia. En el acto inaugural, a realizarse el día 9 de julio a las 11,30, hablarán el Presidente Municipal, Dr. Jorge Pedro Busti; el Director de Cultura, Carlos Cicognini; y la Presidente de Icomos Argentina, Arq. María de las Nieves Arias Incollá.

## ¡Qué locura!

Durante el mes de mayo pasado se cumplieron veintisiete años de la aparición de lo que fue, posiblemente, la primera revista de historietas editada en el interior de nuestro país. Ese honor —sin eufemismos— le correspondió a Concordia. Se denominó "Fogón", se publicaron cuatro números y fue el germen de una pequeña empresa fundada pocos meses después, que tomó su mismo nombre: Editorial Fogón.

En 1960, la impresión de fotos y dibujos se realizaba mediante la consabida confección de clichés, de elevado costo. No había en Concordia quien los hiciera, razón por la cual había que ordenarlos a Paraná. Y a pesar de las dificultades y demoras que ello significaba, no fue obstáculo insuperable para que un grupito de jóvenes —algunos apenas pibes— pusiera manos a la obra y concretara lo que entonces eran sus más caros anhelos.

Alfredo Jorge Malleret —que fuera director de la revista— contaba entonces 25 años; Nicolás Passarella y Juan Carlos Miranda, apenas 18. Los tres eran dibujantes, apasionados por las historietas. Sus ídolos eran Alex Raymond, Harold Foster, Milton Caniff; sus "héroes" (de historietas): Flash Gordon, el Príncipe Valiente, Vito Nervio. Pero pensaban en otros personajes, en otras tendencias dentro del género. Por eso, en el primer número de "Fogón", confesaron que sin ser



profesionales habían tomado a su cargo "lo que muy pocos profesionales han hecho: defender la historieta". Aclaraban que en los personajes de la revista que lanzaban a la circulación habría "algo" menos que el super hombre que abunda en la mayoría (de las publicaciones) pero algo más en lo humano, en lo real". Y que se descubri-



NICOLAS PASSARELLA

Creo que lo que impulsó a la aventura a quienes estuvimos en aquel intento fue una auténtica necesidad de afirmación personal, de contar con un medio de expresión y de hacerlo desde aquí mismo.

La época, las condiciones y la realidad de esta ciudad han cambiado. En todo el tiempo transcurrido una mayor claridad y una gran amplitud de aspiraciones se han incorporado a la conciencia de aquellos mismos que cometieron la supuesta locura de hacer un muy mal negocio con una empresa que no pudo sostenerse.

Sin embargo, con otros medios y otros objetivos, lo mejor que subsiste de aquello es precisamente esa locura. Lo prueban esta misma revista y otras publicaciones gestadas con el mismo espíritu y por los mismos hombres. Dichas publicaciones constituyen el registro imborrable de realidades que los medios masivos, condicionados por su fondo mercantilista, no pueden reflejar.

Y todos los que estuvimos locos seguimos igual, vivimos aquí y estamos dispuestos a repetir el mal negocio.

ría en ellos "un algo decente" que tratarían de reflejar. El tiempo —a través de otros hombres y otras revistas (Oesterheld y "Hora Cero", por ejemplo)— se encargaría de darles la razón.

Tal vez sin querer incursionaron en la policial negra, en la ciencia ficción, en lo folklórico y hasta en acontecimientos reales de nuestra zona. Por supuesto, cada género dependía del talante momentáneo del guionista. Así, también llegaron a lo cómico y, por si fuera poco, crearon avisos publicitarios para los comercios que los apoyaban.

A los dibujantes citados —bien podríamos decir los pioneros— se sumaron más tarde Battagliero y Milera, este último ganador del primer concurso de historietas organizado por "Fogón", cuya tira lamentablemente no pudo ser publicada. Como guionistas figuraban Luis M. Medina, Manuel Langsam, el mismo Miranda y José J.

Gascón.

"Fogón" llegó a las editoriales de Buenos Aires precediendo una visita de sus responsables. Uno de los viajeros recordó —además del frío que azotaba a la Capital en la semana que permanecieron en ella— la deferencia con que fueron atendidos por los directivos de las empresas Columba y Dante Quinterno, entre otras, donde departieron con dibujantes y guionistas consagrados.

Y aquí lo más importante, quizá, de aquella aventura juvenil: la feliz acogida de la revista de historietas, los obligó a buscar un medio más económico para su impresión. Lo hallaron en el offset. Para la compra de la primera máquina —con la que inició sus actividades la Editorial Fogón— y con el fin de distribuir la revista a nivel nacional, se integró una sociedad en comandita. Si bien el último objetivo no fue alcanzado, nació en cambio una pequeña industria y, fundamentalmente, se introdujo el offset en Con-

cordia, sistema que permitió luego el nacimiento del diario "El Sol", al que imitaron posteriormente las otras empresas periodísticas locales.

Han pasado veintisiete años. Malleret, aunque abandonó el dibujo, no deja de poner sus energías en la industria gráfica; Passarella evolucionó hacia la pintura, sin dejar de ejercitar (de vez en cuando) sus adhesiones primeras; Miranda, que reside en Buenos Aires, es un cotizado dibujante publicitario y un ilustrador afamado.

A nuestro requerimiento, dos de los nombrados nos hacen conocer sus reflexiones —a más de un cuarto de siglo de distancia— respecto de aquella fugaz realización. Pero en verdad, para valorar el esfuerzo y sus consecuencias —ya señaladas— es menester hojear aquellos cuatro números, y calcular el costo y su relación con la magnitud del proyecto. Tal vez entonces sólo se pueda suspirar un "¡Qué manga de locos!" •

ALFREDO J. MALLERET

¿Qué son veintisiete años? Muchos, pocos... No sé, sólo que son algo más de la mitad de mi vida, la que casualmente llega en estos días a cincuenta y dos años.

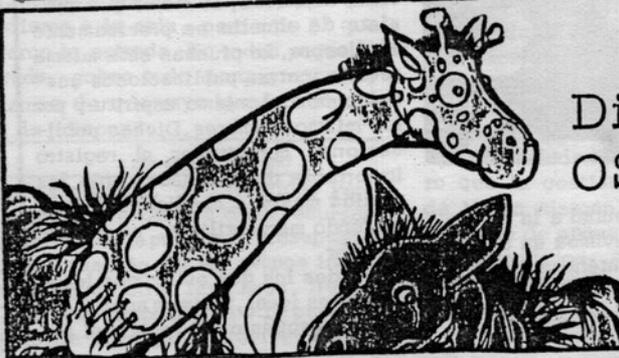
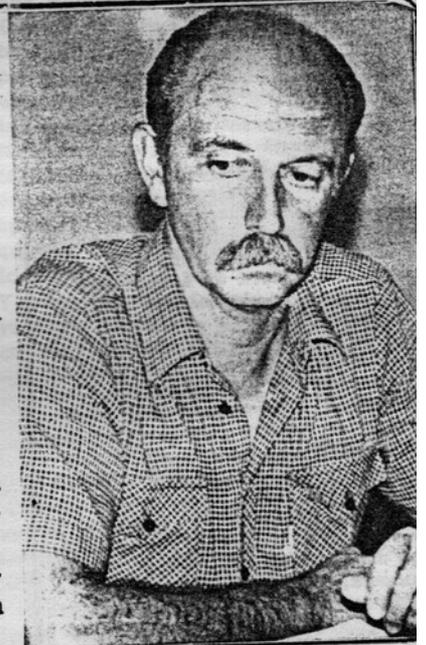
Recordar aquella época es como soñar nuevamente, porque estoy cada vez más convencido de que llegamos a intentar y plasmar una edición propia de una revista de historietas por soñadores y por haber deambulado sin suerte, muchas veces ante los despachos de directores de revistas similares del orden nacional, con nuestros dibujos y argumentos, esfuerzos de muchos años de estudios y de

insistencia en la búsqueda de la perfección.

Indudablemente quedaron recuerdos y experiencias que no olvidaremos jamás, aparte de la amistad que cultivamos en ese grupo que, por esas cosas de la vida, nos permite recordar hoy.

Aparte de mencionarlo como un hito en nuestras vidas, no quiero dejar de insistir en esa experiencia que debe haber sido única en el interior del país —realizada con impresión tipográfica y en base a clisés metálicos— por lo menos en aquella época.

El mejor recuerdo para mis amigos y para quienes hicieron posible nuestro sueño.



Dibujos de  
OSCAR SALARI  
Consulte en

Libro  
CLUB

Galería  
Entre Ríos  
Local 35  
Concordia

SUPLEMENTO

saje no llegó esa noche.

Sus presunciones y razonamientos lo hicieron dejarme en una esquina con Pepe (siempre, siempre con Pepe), iluminado el trío por una luna enorme, redonda y amarilla. Encima eso.

En fin, Hugo partió hacia su cueva, yo quedé pensando en él, Pepe hablando nostálgicamente de su señorita X y los dos fuimos, los dos solos, a ver amanecer entre los barcos. Un amanecer sin sentido como todo lo unilateral y no compartido en días con necesidad de compartir. Un desastre.

Mi pasión era flamante y el objeto de mi pasión había desaparecido; entonces me entretuve, casi sin darme cuenta, actuando para el objeto. Anificada de repente, como si por algún conducto misterioso pudiera verme.

Dios mío, caramba. Así fue en verdad.

Catorce horas después, exactamente, ingresé como a la pasada en el escenario de los hechos. Sola. Sin Pepe. Y Hugo estaba allí, también como de pasada.

El mensaje había llegado.

A partir de ese momento hablamos mucho, atropelladamente al principio. Caminamos, comimos maní, nos bañamos al atardecer en el mar verde y al mediodía en el mar tibio, igual a miles y miles de parejas que también se besaban por las calles y miraban la ciudad desde las piedras. El mecanismo es el mismo para todo el mundo. Sin embargo, cada uno cree ponerse en marcha de diferente manera. Uno se cree moderno, inteligente, lúcido, uno espera vencer la soledad y hasta el cansancio, lograr la seguridad física, metafísica, fisiológica; la profunda unidad desconocida, la creación entre dos, etc., etc.

El asunto es que terminaba el verano, éramos un hombre y una mujer y era el momento de decidir. Mi castidad, podría aclararse, por darle un nombre. O precisamente olvido de aquel dios del castigo con sus adherencias para saltar, simplemente sin culpas, con todo el cuerpo. (Porque señorita conocía hombre aristocráticamente, como perro que revuelve con la pata los cajones de basura, desde afuera y sin meterse. Sin saber todavía que el amor no soluciona la vida; la cambia, nada más. Y nada menos).

Me detuve a pensarlo. Ya nadie decidiría por mí. Se me había dado una vida y tenía que arreglármelas sola, sin manos que me tironearan por caminos prolijos. Y sobre todo, sin garantías.

Dudé, por supuesto. Pensé que no lo quería y dije que no lo quería, cómodamente instalada, convencida de lo perfecta que era, de lo pura y blanca que era, de lo honesta que era. Aunque también por lo joven que era, recién lo veo: mi tiempo no corría y ya vendrían otras tardes, y otras, el verano, los veranos, todo repetible, inacabable y sin apuro.

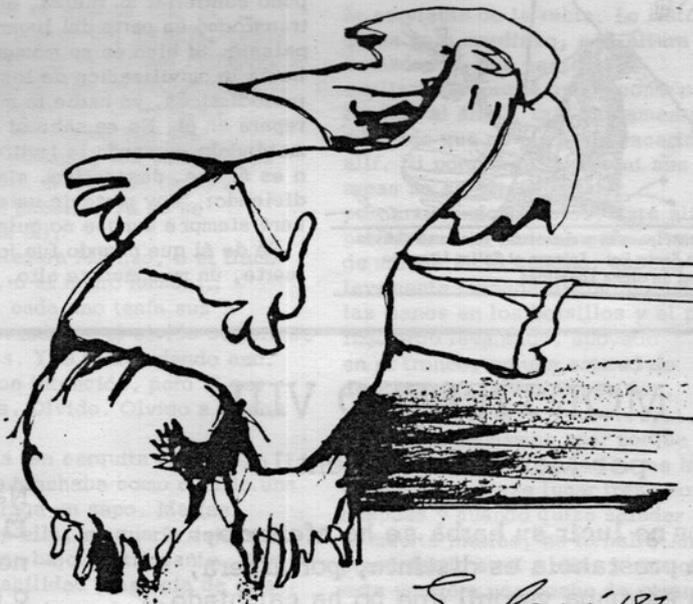
Está claro que ser joven, sin saberlo, es eterno.

Pero Hugo no era tan joven, o por lo menos no se sentía eterno. Tampoco era de los que esperan. No se asombró mucho, dijo paciencia y me abrazó muy fuerte. Después se fue, y yo lo dejé ir.

Me molestaba haber crecido de repente, y de no saber qué hacer con todo eso. Ya nada se me prohibía: mis pequeñas libertades perdían su sentido.

Sentía que en algo había sido engañada; no sabía bien en qué, ni por quien. Muchas veces lloré por la calle, tontamente, y en esos momentos necesitaba a Hugo y volvía a querer su tristeza, sus pasos tranquilos, sus brazos colgando. Hasta sus ojos y sus ideas extracósmicas.

Una noche de esas, completamente borracha y sentada en los escalones de una iglesia altísima, le escribí una poesía. Bastante simple era: le pedía



Así nos separamos y aquello tuvo su tiempo. Como mis estudios de solfeo, soplando el sacapuntas, diciendo padre nuestro y muerte sustantivo abstracto, género femenino, número singular.

Entonces empecé a emborracharme de vez en cuando, como antes de conocerlo. Tenía ganas de brindar con mi vieja forma y fue semejante a volver a casa y dormir en mi cama después de un viaje muy largo. Un retorno cansado, porque dudar cansa. Y al mismo tiempo, inexplicablemente libre, volví a vagar por las calles sin principio ni fin. Pero algo había cambiado.

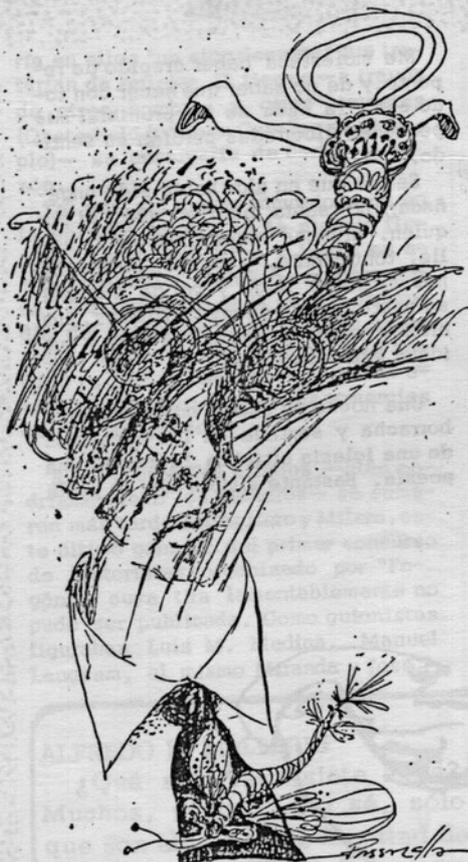
que volviera con sus estrellas importantes, le contaba que estaba sola en la tierra y que tenía ganas de escupir al cielo. Pero sobre todo, le pedía que volviera.

Pladosamente, él volvió.

—Me enamoré de María—dijo tranquilamente—. Ya sabés como son estas cosas. Y te hablo así porque sos una mujer inteligente.

Y partió con su caballo blanco a la conquista de María.

Y en consecuencia quedé yo con mi maldita inteligencia, con mi maldita honestidad, con mi teoría del amor. Y nada más. ●



LA AUTORA: poeta y cuentista, reside en Galvez (Pcia. de Santa Fe). Integra el Taller Literario Municipal de dicha localidad.

## EL CASO DE MATÍAS

por Miryam C. de Seia

Es un hecho por todos conocido pero ya nadie lo menciona. No es una infidencia, entonces, contar algo de dominio público.

Se trata de Matías; está apostado contra un árbol a la entrada del pueblo, la mirada fija en el camino, cabeza levemente ladeada hacia un costado, las manos en los bolsillos y el pie izquierdo levantado, apoyado en el tronco, en una actitud de desdenosa y lejana impavidez.

Hace dos años quisieron sepultarlo y no fue posible; porque el caso es que está muerto. Murió de pie y nadie pudo contrariar su fuerza. Se transformó en parte del lugar y su paisaje. Si bien en su momento suscitó hasta la movilización de los medios periodísticos, ya nadie lo mira ni repara en él. No se sabe si continúan matándolo —usando la indiferencia— o es él que, despectivo, sigue diciendo: "Soy parte de ustedes y lo seré siempre aunque no quieran..."

Sé de él que cuando fue joven y fuerte, un muchachote alto,

bien formado, de andar seguro y tranquilo, gozó de la estima de sus conocidos, quienes apreciaban su disposición de brindarse a los demás y su manera de mirar de frente, a los ojos de quien hablaba. A veces caminaba y caminaba por esas calles del pueblo, solo —porque le gustaba así— mirando cada cosa con profunda atención; no escapaba a ella ni la planta de naranja de la casa de los Estévez que asomaba sus frutos sobre el tapial para el regocijo de los chicos del barrio y la bronca del cascarrabias de Don Hilario, que las cuidaba afanosamente; ni ignoraba el nuevo amorío de Lucía F. que paseaba su coquetería por distintos galanes de turno; ni dejaba de percibir los cambios de humor en el amor de la pareja "ideal" del pueblo: Celia y Juan Carlos Chanteau. Ellos parecían tenerlo todo: salud, dinero y amor, como dice la canción; jóvenes y hermosos los dos, profesionales los dos, preciosa casa, precioso casal de

## MONTIELERO VIII

por Marcelo Rui Gentile

Por no lucir su barba se ha afeitado,  
su prestancia es distinta, por afuera,  
su estampa varonil que no ha cambiado,  
esconde el fiandubay de su madera.

Montiel con sus embrujos ya lo entierra  
junto al negro insondable de unos ojos,  
con el fulgor, que sugerente encierra  
cierta promesa, de unos labios rojos.

Bajo su cielo azul, un monte oscuro  
que le aroma y le envuelve su querencia,  
le esconde su coraje, que es muy puro;

por si hace falta que a una gris jornada,  
intacto con su indómita violencia,  
la alumbre con el sol de otra patriada.

## ARBUSTO

por Juan Mustafá

Nace de una semilla, no de un vientre.  
El sol y la tierra a mí me nutren;  
no necesito del amigo  
o del pariente.

Crecí como un arbusto duro y espinoso,  
mostrando en la fealdad de mi tronco  
retorcido  
mil mordeduras de insectos envidiosos.

Ya la tierra,  
sin mortaja mi cuerpo ansía,  
como las hembras que devoran al macho  
después de una noche de lujuria,  
pero ignora que el fecundado grano,  
el cual hará que mi especie continúe,  
muy cerca de mí,  
ha comenzado su vida de arbusto.

hijos, precioso coche, infalibles vacaciones cada verano a lugares maravillosos, y un precioso vacío dentro de ellos que Matías conocía con certeza por haber amado a Celia, y por boca de ella en una íntima confesión en aquel reencuentro fugaz que sólo, una vez se permitió a sí misma para reconocer ante él que hubiera dado todo lo que tenía por volver a ser libre y recomenzar sin falsos oropeles una vida más sencilla tal vez, pero más sincera.

El conocía —por tiempo, paciencia y particulares dotes de observador— toda o casi toda la gente que conformaba el microcosmos de su pueblo, sus debilidades y sus virtudes que, aunque no muchas, las tenía. Fue quedando solo por elección, por no poder enamorarse una segunda vez y decidir que quería seguir así, repartiéndose entre todos sin ser de nadie.

Se pertenecía a sí mismo, como los pájaros. Trabajaba una parcela de tierra heredada de sus padres y cuando la cosecha era buena ayudaba a su hermana casada que vivía en una población cercana. Era claro y sencillo, sin dobleces. Lo que tenía lo conformaba y no deseaba más. Pero ello no le restaba profundidad a su vida porque no se detenía en lo suyo mezquinamente, sino que crecía con los años que le daban esa madura comprensión de la gente que sabe escuchar e interesarse. Y crecía con su pueblo. Fue dándose. Cedió parte de sus tierras para la construcción de un hospital; y todos tenían algo que pedirle sin detenerse a pensar qué tenía para ofrecerle. ¿El afecto de los otros? Sí, pero eran interesados. ¿Se acercaba alguien porque sí, para quererlo por lo que él era simplemente? No. Fue comprendiendo de a poco y comenzó a obsesionarle una palabra que desmenuzaba haciendo más verdadero su sentido: comunión. Repetía despacito: "común-unión..."

Comulgaba con los demás, pero sentía que nadie comulgaba con él. La rabia fue transformándose en un reptil que lo envolvía sutilmente. No quería verla ni sentirla, le hacía daño. Pero cada día la encontraba enroscada a su pecho, sus brazos, su garganta. Empezó a negarse cuando le pedían algo, evadiéndose, observando las reacciones de desconcierto y desconfianza en los demás. El descontento era evidente.

—Matías ya no es el de antes. Se

ha vuelto mezquino.

—Sí, antes uno se acercaba y lograba de él lo que quería, pero ahora...

—No sé qué mal bicho le picó, pero nos está dando la espalda.

—Habrá que hacerlo escarmentar, si quiere quedarse solo con lo suyo, allá él, le haremos el gusto. Veremos quien afloja primero.

Se fueron yendo de a uno, haciéndole el vacío.

Las noches eran largas después de sus tareas de quintero ahora; su compañía eran plantas frutales y gallinas ponedoras, dos perros suyos: "Chango" y "Overo", y uno agregado hacía poco, "Cueco", flaco y con cara de asustado, que estaba aprendiendo con Matías que el cariño se da y se devuelve. Lo seguía a todas partes, incondicional; lo miraba con adoración y eran ellos, sus perros, quienes lo acompañaban en sus largas mateadas silenciosas. Solía pensar en noches así, mirando a lo largo del camino, donde parecían haberse caído las estrellas —pura imaginación de perspectiva—, qué bueno sería ver acercarse a un amigo a conversar con él.

—Si viniera Luis, tan compinches que éramos... (Pero Luis tenía su novia en el pueblo y ya no se acordaba de él).

—Si se llegara Alfonso, o el flaco Perales..., o el negro Ramón...

Pero no, cada uno tenía sus intereses creados y el olvido suficiente para Matías. Y le fueron dando eso. No sé si con intención, pero sí por negligencia. Olvido. Olvido a manos llenas.

Y la rabia tan cerquita siempre, crecía y se hinchaba como cuando una serpiente traga un sapo. Matías luchaba con ella, no quería dejarse ganar por tan bajo contrincante. Pero olvidó la habilidad y astucia de ella —que ya figuraba en la Biblia— y su condición de hombre solitario y con el hambre más dolorosa que se pueda sufrir: hambre de ser querido.

¿Que los días pasan? Vaya si pasaron. Se sumaron y se hicieron una cadena de semanas, meses y hasta años.

Fue en la ocasión de un nuevo aniversario del pueblo. Habría festejos de todo tipo, los tradicionales, claro. Y todos tenían con quien estar, con quien compartir un trago, un baile, un comentario... Nadie se acercó a invitar a Matías para aquellas "importantes veladas". Ni se acordaron. Por eso se asombraron sus perros cuando, después de un prolijo aseo, lo olieron perfumado

y con ropa desconocida para ellos. Intentaron seguirlo, pero a la orden del amo sentaron sus cuartos traseros en el polvo, y detrás del portón de rejas se quedaron mirándolo con una inquietud nueva. Al Cueco le dió por soltar un largo aullido que a los otros les erizó el lomo, se miraron con esa comprensión canina que a los humanos les está vedada; y fueron tres los aullidos.

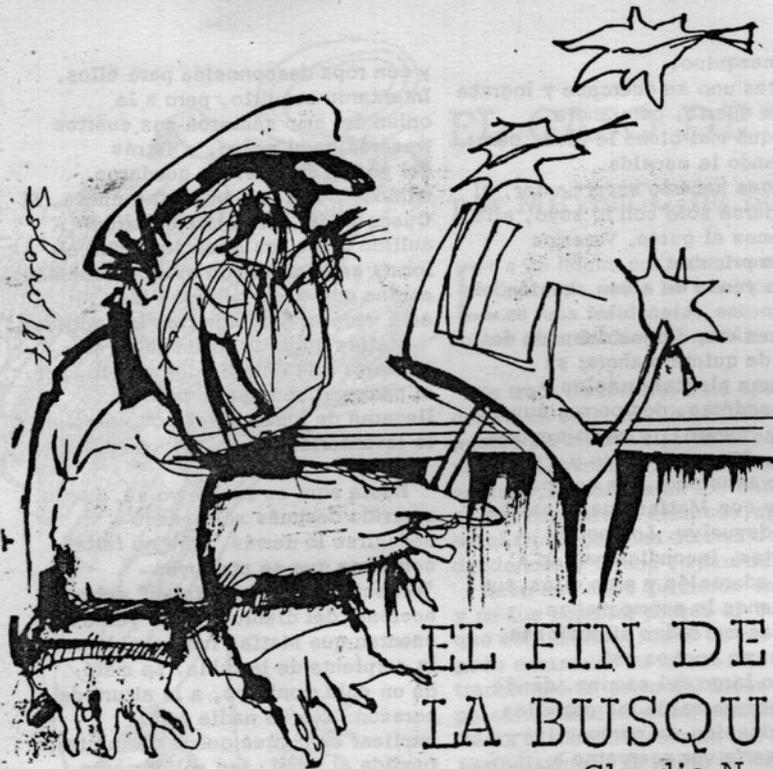
Matías quiso ir caminando, se quedaría a la entrada del pueblo, por el paso obligado para quienes llegaran de lugares vecinos, alguien lo levantaría...

Hasta aquí es lo que yo sé. Por lo ocurrido después sólo puede deducirse lo demás. Pero no faltan comadres que se atribuyen "conocimientos especiales" sobre el accionar del diablo y otras yerbas. Y cuentan que Matías fue vencido por la serpiente de la rabia. Lo mató de un solo mordisco, a la altura del corazón. Lo que nadie pudo explicar es por qué quedó como piedra fundida al árbol, tan sólidamente adherido que no pudieron sacarlo de allí. Ni por qué su cuerpo ni sus ropas no se deterioraron, permaneciendo intactos. Está allí, patéticamente endomingado. Presencia de mirada en el camino, cabeza levemente ladeada hacia un costado, las manos en los bolsillos y el pie izquierdo levantado, apoyado en el tronco, en una actitud de desdeñosa y lejana impavidez.

.....  
Eso que llamamos azar porque no sabemos qué nombre darle, me hizo pasar frente a ese lugar tres años después y cuando quise saludar al muerto Matías, no lo hallé. Anduve preguntando aquí y allá, y recogí esta versión: una noche de verano estalló la tormenta, pero no en el cielo sino en casa de Celia y Carlos Chateau, la tormenta definitiva. Luego de los gritos, la decisión final: él se iría. Celia salió de la casa, trastornada, echó a andar sin rumbo. Parece que caminó tanto que llegó al árbol de Matías, y al verlo, se abrazó a él, contándole sin palabras, su vida. Lo que se dice, una verdadera comunión.

Algo se deshizo en él. Y algo se rehizo. Esto lo agrego yo, porque desde entonces Matías ya no está allí; y los Chateau cuentan de Celia que se fue de viaje a Europa y no regresará.

Olvidaba un detalle: los perros no aullan más. ●



## EL FIN DE LA BUSQUEDA

por Claudio N. Perez

**T**e acordás cuando caminábamos las tardes muertas por Pellegrini, y después vos un café y yo un te con limón y esa ausencia nítida, melosa, a mi lado, y vos sin tocarla y yo sin saber por qué —pero ahora sí sé—. Era Javier y Lucila o la crítica a las formas de amarse el título de tu monólogo, al que preferíamos llamar conversación. Y de paso, definías, limitabas como sin quererlo, ordenabas. No es posible, pero sí lo era, que no piensen más que en acostarse, que no se compren una heladera, un televisor a color, una videocasetera, una picadora, una multijuguera, una estufa a cuarzo, una lámpara de pie, una cama de bronce, y con el crédito de la cooperativa nos compráms un juego de living que vi en Mitre y Mendoza y solamente nos falta el aire acondicionado y ya está, tenemos todo. Pero no teníamos nada o, mejor dicho, lo tuvimos alguna vez durante un año o un poco más, pero después fue doblándose, metiéndose para adentro hasta hacerse chiquito y casi nada ayer y nada hoy. Desde ahí empecé a ser yo pero sin algo que tuve antes: Cacho que no era Cacho porque algo había perdido.

Después vino la fiesta de casamiento en la Unión Viajantes y el vestido largo que brillaba y mi traje azul marino alquilado y el cabello a la gomina y el tuyo de tres horas en lo de Roberto. Vos reías y yo también, pero obligado por los demás. Dijiste que

muchas fotos, ¿para qué? te pregunté, y me repetiste, quiero muchas fotos. Así fue siempre. Yo te decía me celebro y me canto; y vos: "Javier parecía un croto ¿viste?", y Lucila y tu mamá y entonces yo escuchaba y asentaba y cada día era un poco menos Cacho.

En Río no la pasamos mal. Una semana con todos los gastos pagos por tu viejo que fueron jugos de naranja y siría las diez de la mañana en la avenida Atlántica; Ipanema y Barra y dos tardes en Cabo Frío con aquella parejita de franceses desabridos que no comían carne y el regreso con ganas de no regresar. Todo te parecía tan simple, tan recto, que me aterraba. Dos años de noviazgo, luna de miel en Brasil, dos hijos, cuatro nietos y una vejez feliz cuidando un jardín. Te juro que temblaba.

No me sorprendió verte llorar cuando te dije que papá me había conseguido trabajo como visitador médico en un laboratorio importante con mil quinientos australes por mes y auto a cargo de la empresa. Ya no tuve más tiempo para escribir, ni para caminar por Pellegrini, ni para el cine los días de lluvia; los médicos y esa apariencia de dulce hogar que tenía que inventar no me permitían nada ilógico en mis actividades. Y vos eras feliz. Y yo cada vez menos yo.

Llegó setiembre y fue Amaranta que pesó tres quilos doscientos. Al año y medio, siete de marzo, fue Ernesto y

más o menos los mismos quilos. Ella de ojos azules como tu vieja; él, coloradito como tu viejo. Pero no eran ellos lo que me faltaba. No vayas a creer que no los quise; al contrario (y los quiero aún), pero ni siquiera alcanzaron a diluir un poco esa sensación asfixiante de mutilado que me envolvía.

Fue por esa época que comencé las caminatas nocturnas. Iba por calles oscuras, por barrios pobres alejados del centro; caminaba solo como en mis sueños de cinco años cuando era lindo estar solo porque todo era para mí: los caramelos de naranja, los rifles de plástico, las pelotas de cuero, los autos, la casa, todo; pero aquellas noches no; aquellas noches la soledad no me importaba, no era linda ni fea, existía, nada más, como existía yo que no era yo sino otro que alguna vez había sido Cacho pero que ahora era quién sabe que nombre. A veces gritaba absurdos para soportar el silencio y mis pasos, y corría y corría hasta cansarme y después me sentaba en alguna vereda sucia y llena de mierda de perros a llorar por Cacho, por el que fui. Y de esa manera pasaron uno, dos, tres, cuatro, y más, muchos más años, gritándome, llorándome, corriéndome.

Como si no hubiera sentido el empujón llegué hasta el puerto una mañana. Me apoyé sobre la baranda que prohíbe el río y me quedé casi quieto explorando las curvas de una nube solitaria. ¿Por qué en el puerto? ¿Por qué después de tantos años? No lo sé. Pero te juro, Adriana, que poco a poco, pedacito a pedacito, alguien o qué se yo qué, me devolvió lo que me faltaba: volví a ser yo.

Al día siguiente estaba muy mal, peor que de costumbre. Pensé que había sido una sensación momentánea, fervientes deseos de ser Cacho, nada más. La ansiedad sobrepasó a la cordura y esa tarde no fui a trabajar; regresé. Regresé al puerto, al Paraná, y también a mí. El hecho había sido real. No lo inventó mi fantasía ni mis deseos, es tan real como vos y como yo. Yo, otra vez Cacho.

Estuve tres semanas así: mintiéndote lugares, siendo Cacho de ocho a doce y de cuatro a siete. Para el día que recibas esta carta ya te habrás enterado de mi renuncia al laboratorio, te lo debe haber dicho la misma persona que te informó donde estaba, pero lo que esa persona no sabe, estoy seguro, es que, desde ayer, soy el nuevo guardián de la placita que está frente al puerto y que, ahora, durante todo el día, soy yo, otra vez Cacho. ●



## RECIEN VENIDO

por Alejandro Bekes

El ómnibus se detuvo en una nube de polvo. Descendieron tres o cuatro pasajeros. Uno, que llevaba un bolso verde y ropa demasiado común, entró enseguida en la casa contigua al almacén, donde el ómnibus había parado. La tarde era calurosa todavía.

El recién llegado, después de intercambiar unas palabras con la dueña de la casa, marchó precedido por ella hasta una puerita de madera, ampliamente deteriorada. La mujer abrió la puerta y le dio paso a una pequeña habitación con techo de paja, paredes encaladas y piso de cemento. Todo limpio, pensó el recién llegado. Aún no sabía

los efectos que podía ocasionar la lluvia en esa vivienda, si bien los comprobaría a la mañana siguiente. La mujer le indicó, a la derecha, una puerita próxima, la del baño, y se retiró.

El hombre dejó su bolso en el suelo. El mobiliario era simple pero no miserable. Había una cama que enseguida calificó de decente. Había una mesita y una silla rústicas. Y nada más. El hombre miró por la pequeña ventana el sol de la tarde y dos o tres paraísos detenidos en la seca. Después salió y fue al baño, donde lo recibió una atenta multitud de mosquitos. No había agua caliente, por supuesto, ni lavatorio,

pero al salir vio uno en mitad del patio. Así, pensó, cuando llueva podré lavarme la cara sin necesidad de abrir la canilla.

A las cinco y veinte, el recién venido salió de la casa. Caminó por el ripio unos treinta metros y entró en un edificio moderno, insólito. Allí encontró a sus futuros compañeros de trabajo, con los que compartió un diálogo trivial. Enseguida conocería a sus alumnos. Como en todas partes, los había serios y alegres, tímidos y avispados. Le gustaron, como casi siempre. Dio sus clases con gratitud, con abierta sonrisa. Se reconocía feliz en esas bromas que sólo el aula permite y que él consideraba su pedagogía esencial. A las ocho, alguien le comunicó que habría un asado. A las diez, en el patio de la escuela, vio la pequeña humareda sobre la cual se despatarraba un cordero. Caminó hasta su pieza, haciendo sonar la piedra de la calle con la suela de los zapatos. Dejó la carpeta y su corbata. Se sentó a la mesita y escribió algo que inmediatamente releó y tachó, impaciente. Salíó al patio. Tomó agua. Enseguida cerró, se echó la llavecita al bolsillo y volvió a la escuela.

La cena transcurrió entre bromas ruidosas que no lograba entender. Al principio intentó un esfuerzo, pero se rindió ante la dificultad de un código incomprensible de alusiones, guiñadas y silencios. Tuvo que callar. Comió. Tomó algo de vino, no demasiado. Al fin, ya tarde, la mesa se levantó. Alguien iba en su dirección. Iniciaron juntos la caminata desierta. Mañana lloverá, según la evidencia de todos. El dudaba, no conseguía discernir lo que los otros veían en el horizonte. Su compañero se despidió deseándole buenas noches. En la tiniebla espesa de los árboles, el recién venido tuvo que abrir y cerrar un portón. A tientas, con la llave en la mano, buscó y halló el agujero de la cerradura. Abrió la puerta con un empujón del pie. La cerró con llave. Sin encender la luz, guiado por la débil claridad que dejaba entrar la ventana, se sentó, haciendo sonar las maderas de la sillita. Como al descuido volvió a leer lo que había escrito y tachado unas horas antes. Después empujó un poco el cuaderno y se quedó quieto, mirando sin ver la luz de la calle. Apoyó los brazos en la mesa, apoyó la cabeza en los brazos. Y, miserablemente, lloró. ●

### EN ESTE MOMENTO

por Alicia Benítez

(Federación)

El rey ha muerto en este momento entre almohadones y documentos. Dos seres vivos beben gloriosos dulces venenos de un adulterio.

Amargos peces sepultan gestos de faraones en el océano. Y hay un manzano que está hablando humildemente, redondos besos.

Quién sabe donde un niño pisa la sombra extraña de un barrilete. Muy cerca tuyo, en este momento, muere un obrero por sus derechos.

# BLUES DE LA TERMINAL RETIRO

por Marcelo Franco  
bañía princesa

Cuando estás hecho trizas  
cuando el mundo te juega una mala pasada  
cuando la avenida se atesta de autómatas  
cuando tus bolsillos sólo tienen absolutamente nada  
cuando la canción sigue siendo la misma  
cuando la fantasía es una dura realidad  
cuando tu sexo no tiene quien le juegue  
cuando tanta política es un juego sucio de palabras  
cuando sabés que todo seguirá igual  
¿adónde vas pequeño hombre?  
¿qué hacés triste muchacho mío?

Voy a Retiro voy a la Terminal Retiro

Cuando ves a los niños escenificando un combate  
cuando oís el clamor de las madres buscando sus hijos en la plaza  
cuando la mentira tiene patas larguísimas  
cuando para matar a diez mil kilómetros sólo se necesita una orden  
cuando los panfletos son papeles mojados  
cuando los legisladores legislan estupideces a nuestras espaldas  
cuando derecha e izquierda admiten el mismo resultado  
cuando el tufo militar te provoca arcadas  
cuando el pueblo en la calle recibe un Felices Pascuas  
¿adónde vas pequeño hombre?  
¿qué hacés triste muchacho mío?

Voy a Retiro voy a la Terminal Retiro

Cuando tu teléfono permanece sordomudo  
cuando el correo perdió tu número de calle  
cuando viajar te significa no tener dónde ir  
cuando tu mente está llena de peces rojos  
cuando humo y alcohol ya no te bastan  
cuando la sociedad se te echa encima  
cuando sólo los recuerdos arman tu presente  
cuando tus creencias subsisten apollilladas  
cuando todo es una nebulosa sin salida  
¿adónde vas pequeño hombre?  
¿qué hacés triste muchacho mío?

Voy a Retiro voy a la Terminal Retiro

Cuando te han clavado un cuchillo en la espalda  
cuando tu ropa no es moda sino pobreza  
cuando tu ejército te tiene a vos como único soldado  
cuando la soledad deja de ser una palabra y pasa a  
ser un hecho angustiante  
cuando el arte ya no te sirve como escape  
cuando las lágrimas te lastiman el paisaje  
cuando lobos de pesadilla te aullan los sueños  
cuando la vida te lleva únicamente al suicidio  
cuando la opción escapa a tu capacidad de decidir  
¿adónde vas pequeño hombre?  
¿qué hacés triste muchacho mío?

Voy a Retiro voy a la Terminal Retiro

Ilustró Meneguín



Cuando enajenás tus días por un puesto de trabajo  
cuando la simbología del espanto te abofetea la espalda  
cuando los héroes reviven a través de discursos por compromiso  
cuando las luces se encienden solamente para los selectos  
cuando por hambre no te queda otra que asaltar un supermercado  
cuando venderte al mejor postor es una idea que toma consistencia  
cuando tus mentiras dejan de servirte  
cuando la desesperanza carcome tu cerebro  
cuando tus sitios han sido ocupados por los mediocres  
¿adónde vas pequeño hombre?  
¿qué hacés triste muchacho mío?

Voy a Retiro voy a la Terminal Retiro

Cuando los años dejan de ser una estadística de festejos  
cuando tu risa de burla se transforma en una mueca ensayada  
cuando tus baúles guardan recuerdos traumáticos  
cuando el aire está malsano de hollín y muerte  
cuando el paraíso es catequesis de tontos seudoreligiosos  
cuando obtener éxito es confirmar fracasos de otros como vos  
cuando la aguja del odio sutura la herida del sentimiento  
cuando ya no te queda nada por decir o callar  
cuando vengo a ofrecer mi corazón es apenas una canción de moda  
¿adónde vas pequeño hombre?  
¿qué hacés triste muchacho mío?

Voy a Retiro voy a la Terminal Retiro  
Voy a renacer a Retiro.

# EL HOMBRE: esa feria de sentimientos desencontrados

por Francisco Tomat-Guido

Una vez más vuelvo a comprobar que, en el panorama de los hombres con los cuales convivo todos los días, hay una diferencia neta entre quienes padecen ansiedad y quienes padecen angustia. Comprendo que la primera está estrechamente relacionada con el futuro. Conflictivo, incierto y, de algún modo, sin actos de grandeza.

Hechos de orden psicológico, urticantes verdades, un valor autocrítico opresor, sistema de relaciones que se toleran pero que no se desean y los mil fantasmas que cruzan por la vida de sus sentidos, dan al hombre contemporáneo una conciencia aterrada que él debe vivirla en soledad.

Pero entran también en este muestrario, se me ocurre, la tristeza de un sentimiento puro, casto, desinteresado, mental, y que él siente como una entelequia en la esencia de las cosas. Para Sartre el hombre es el hijo de una maldición, sea ontológica o histórica. Para Guido Piovene, la vida es arrojada y aislada de cada uno por la irritación de todas las respuestas falsas, los árbitros intelectuales, los testimonios deseados, las personalidades presuntas, y todo esto convoca a los estados por los cuales pasa el hombre. Por eso oímos razonar fórmulas que nada explican y que llevan, muchas veces, según Miguel Giorgio, a la "divina tristeza".

Están, quién lo duda, las viejas metáforas gastadas, el más allá, el

paraíso perdido; también las explicaciones psicoanalíticas, pero ya tan fáciles y conocidas que no comprendemos si son verdaderas explicaciones de un hecho o si las hemos provocado como en la Edad Media se provocaban las visiones. En una palabra, no nos consuelan para la cotidianidad.

Se puede decir que en nuestra vida, que se vive con conciencia, cada momento nos llena de dudas y que, por pertenecer al pasado y al futuro, nos enmarañan los sueños presuntos con los falsos. En una palabra: son edificados utópicos que suenan a vacío aunque de un modo real. De esa vida y de sus significados es la perspectiva de nuestras verdaderas proyecciones.

La vida siempre es un combate entre la infidelidad y los testimonios deseados. Las almas arrojadas a los subterráneos de nuestro ser, las cuales viven esta confusión, sintetizan diversas formas: viven y se sienten vivir en la angustia del intelecto. El concurso imprevisto de incidentes, creencias, virtualidades, son meras crónicas periodísticas que se asumen en la fertilidad que nos sostienen cada día. He pensado muchas veces la acondicionada esperanza de comprender a nuestros iguales, pero me he sentido desprotegido por los argumentos que se me plantean en la nitidez de las cosas reales. Lo que para algunos es el objeto más profundo de la existencia, para mí es una injuria y

una injusticia. Por lo tanto, no se calcular, porque de esta manera todo carece de sentido.

El verdadero humanismo implica una continua confrontación hecha de atracciones y repulsas. No aludo a la muerte sino a la decisión final entre el ser y no ser de personas verdaderas. Y conjeturo, para mi razonamiento, que existen ideas descalcificadoras que caen en el basural de los detritus de la historia. Entonces me surge una duda: ¿cómo podré desovillar un presente para asumir el compromiso del futuro? ¿Cómo apresar en la conciencia la energía de tantas realidades distintas en el capricho de tantas humanidades marginadas? Los aspectos más sutiles me provocan molestias sin fin, y mi razonamiento es tan poco convincente que me descorazona más que el diagnóstico del mal que veo y palpo todos los días.

No se me escapa que la vida es un gran vodevill y que soy un lejano espectador que niega y afirma la historia, sobreentendiendo que en mi lenta agonía (que a nadie importa) hay miradas que se cruzan sospechosamente. Entonces, vuelve a formarse en mí la inminencia del examen. ¿No será que el máximo del realismo coincide con el máximo de la ilusión?

Razono nuevamente: ¿no será que en política, en arte, en moral, nosotros cercenamos eficaces materias? ¿No efectuaremos la "disyunción", como decía Pavese, de un sector de la realidad, cuya visión total se nos escapa, y en razón de cada postulado modelamos nuestras ideas y nuestra acción?

Quien es todo carácter y tiene conciencia de serlo, con su intolerancia,

## San Carlos ¿es un tacho de basuras?

Alumnos del Ciclo Básico de Concordia, quienes cursan el primer año de estudios, han realizado un informe sobre el estado del Parque San Carlos, con motivo del Día del Ambiente. Dicho informe se ha llevado a cabo en el marco de un trabajo interdisciplinario entre las siguientes asignaturas: Educación Física, Geografía, Ciencias Biológicas y Lengua. Los alumnos contaron con el apoyo de los profesores: Mercedes Merro, María del Carmen Guerrero, Alejandro Bekes y Jorge Calza, Director del establecimiento.

El Parque San Carlos es una reserva natural de especies autóctonas y no sólo un lugar turístico y recreativo.

De los muchos visitantes del parque, ¿cuántos lo consideran desde un punto de vista ecológico? Precisamente, a causa de esta despreocupación, el parque sufre la depredación del hombre en múltiples formas. La alteración del ecosistema es ocasionada por la incorporación de nuevas especies exóticas, la destrucción de la flora natural (selva en galería), el hecho de arrojar desperdicios por todas partes, el encendido de fogatas en sitios inadecuados, la extracción inmoderada de canto rodado, el maltrato y la tala de árboles, entre otros motivos.

Dado que hoy se conmemora el Día del Ambiente, creemos importante hacer una reflexión acerca de nuestro accionar en el Parque. Asimismo, estimamos que sería conveniente que la Municipalidad proveyera a San Carlos de elementos para su mejor cuidado y mantenimiento.

su fanatismo, con su extrema violencia, ¿no será comparable a nosotros mismos en muchos de los actos secretos que escondemos para que los demás no se den cuenta de nuestra pequeña condición humana?

La pregunta de toda acción tiene motivos universales. Sacar conclusiones, por lo menos para mí, es como querer secar el mar con el cuenco breve de la mano. El vértigo de dramas sociales, la representación del mundo burgués, la medida crítica doméstica, la privada grandeza, la redención y el pecado, asedian nuestras fuerzas con la nitidez de las cosas reales. Somos los verdugos y las víctimas que surgen en una historia de manipuleos que no podemos detener, porque tampoco se puede detener la historia contemporánea transformada, en cada presente, en valores activos. Y de ahí parte nuestra angustia. Por lo menos, en lo que a mí sentir respecta.

El escritor logra (si lo logra) expresar sólo parte de sí mismo y de un determinado tiempo que le toca vivir. Esto lo hemos conversado muchas veces con Antonio Tenerani, con "Bocha" Gómez, con Fornillo y De León, sólo por citar algunos preocupados por el tema. Y yo buscaba muchas veces el tema dominado siempre por el afán de saber y comprender, para un posible rescate de toda posibilidad en el espacio y el tiempo. Queriendo penetrar en el indescifrable infinito que humaniza una presencia y un pensamiento. Las facultades de la mente y el corazón excitaban mis sentidos: en cada una gastaba, estimulaba, exhibía, acariciaba una parte de mí mismo, no muy diferente de lo que ellos exhibían. Corría tras de mí vida que me aguardaba bajo distintas formas. Eran sentimientos dominantes del siglo XX, y en la controversia que ellos creaban, eran documentos de una traducción humana en un viaje verbal, con la completa libertad de disponer de lo propio.

Me lo dije muchas veces: el dirigir sin hacer o hacer sin dirigir es la peor esclavitud del hombre contemporáneo. De allí nacen y crecen lo que tuvo que ser esta nota: la ansiedad o la angustia. O el suicidio, la abstinencia, el tedio o la acción del desesperado psicológico que busca alejarse del mundo lleno de vorágines para entrar en el mundo ideal, tan doloroso tantas veces como la verdad misma.

Nadie puede vivir el libro del pasado de quienes fueron sus contemporáneos, ya que estamos obligados siempre a arrancarlo de su ambiente y transportarlo al nuestro. Justifica su presencia, pero en la contemporanei-

dad no es real. El deceso de una generación da paso a otra, desbarata cosas habituales, cambia la escala de valores, usos y costumbres. Los jóvenes sienten ansiedad por lo que deben realizar para realizarse. Los mayores no entienden ese nuevo mundo que surge; la frescura de los maticos se les escapa, su escala de valores no es la misma, y les duelo. Y de ello proviene la angustia, ya que las biografías no les sirven para hospedarse en esta nueva casa que se les ofrece. La sienten como una hecatombe.

La palabra siempre especula y genera equívocos. El pensamiento actual

tiene su criterio de valoración en sí mismo. La decantación del tiempo verá que destino darle. La realidad actual se extiende en la codicia de todos, en cualquier nivel social. Percibo el olor acre de la envidia, y también una difundida codicia que arranca al hombre de sí mismo y que es vinagre de nuestro pan. De nuestros sueños. De nuestras esperanzas, apenas sostenidas por la ansiedad y la angustia que nos separan y hacen al mundo cada vez más difícil. Sin duda, una mano secreta que hace retroceder la púa del más lacerante clima de nuestro tiempo. ●

## La Retreta del Día del Ejército

Pasar por la plaza, pasar de noche y en bicicleta por la plaza, oír un sonido distinto del tumulto del tránsito y del pensamiento que uno va rumiando, distinguir en ese sonido una trompeta, una tuba, un saxofón. ¿Qué hacer? El ciclista se baja; sentado en el caño lleva a un nene de tres años; se acercan; el chico está extasiado por esas dos ollas grandotas, que son los tímboles, y por la voz plástica, la voz soñada de los clarinetes. El papá no está menos extasiado que el hijo. Entonces se quedan allí, en la plaza, sentados en el borde del monumento a San Martín, para oír la retreta.

¿Hay algo notable en esto? ¿Quién será tan sordo como para no escuchar una banda tocando en la plaza? ¿Quién será tan desmemoriado como para no recordar los 25 de mayo de la infancia, con su fanfarria y sus globos? Sin embargo, uno mira y no ve más de cuarenta personas para escuchar a estos músicos. ¿Qué pasa? ¿Tan apurada va la gente?

Según los cuentos de la gente grande (¿se puede decir así?), hace treinta y cinco o cuarenta años era cosa de todos los sábados la retreta en la plaza. Era, sin duda alguna, un espectáculo popular, además de un motivo para encontrarse.

Esa buena costumbre se fue perdiendo. Digo buena, porque la música está para ser oída y tocada; y si es al aire libre, mejor; música que brota "ahora", de ese saxo, de esa trompa, y no de un disco o un cassette que no puede darnos, por perfecto que sea, más que música enlatada. ¿Tan sordos estamos, que no oímos la diferencia? ¿Por qué no se arrima la gente?

A esta altura, uno se acuerda: estamos en Concordia, ciudad indiferente; indiferente para lo doloroso y para lo alegre; ciudad dormida, sonámbula.

El maestro de la banda ha cerrado la retreta con la Marcha del Ejército. Los espectadores se dispersan, los músicos guardan sus instrumentos y queda en la plaza el silencio de siempre, un borbolón de nostalgia. ●



Dibujos de  
NICOLAS  
PASSARELLA

Consulte en



# EDUCACION POR EL ARTE: UNA ESPERANZA SIN APLAZOS

por Lucrecia Lessa y Alejandro Bekes

Del 10 al 13 de junio, en el edificio de la Escuela N° 1 "Vélez Sarsfield" de Concordia, se llevaron a cabo las II Jornadas del Nordeste Argentino y I Encuentro Entrerriano de Educación por el Arte. Simultáneamente se realizó la I Exposición Regional de Arte Infantil y Juvenil (que continúa esta semana), en la sede del Taller IDEA.

La pregunta: qué es educación por el arte, nos obliga a formular otras dos: qué es educar y qué es el arte, conceptos que nunca terminan de definirse. Ciertamente, entre los puntos de partida de la educación por el arte, está la crítica de ambas nociones. Retomando ideas expuestas por Juan Carlos Lespada —en el primer plenario de estas Jornadas— descubrimos en nuestra educación, una "sacralización estéril de los roles, distanciamiento afectivo, displacer y estereotipia". Por otra parte, si concebimos el arte como un hacer esencialmente creativo, donde el juego, el placer y la afectividad encuentran un lugar libre para manifestarse, surge el pensamiento de que puede modificarse aquella rígida metodología mediante actividades artísticas, consideradas no como un fin, sino como un medio. Y no necesariamente para valorar el producto obtenido: ante todo, por el proceso mismo de la creación.

Además, todo este quehacer se enriquece en el trabajo grupal, como lo prueban, por ejemplo, los talleres realizados en estas Jornadas. Es preciso reemplazar la rivalidad por la colaboración.

Podemos afirmar que estos postulados han alcanzado su madurez, a través de múltiples experiencias, publicaciones y encuentros de diversa índole. De los realizados en Latinoamérica, el antecedente inmediato de estas Jornadas son las llevadas a cabo en junio del año pasado, en Corrientes.

La organización de este encuentro estuvo a cargo del Taller IDEA y de la Dirección Municipal de Cultura de Concordia. Contó, además, con el auspicio del Ministerio de Gobierno, Justicia y Educación de Entre Ríos, la Municipalidad de Concordia y varias instituciones de Educación por el Arte, de nuestro país y de Paraguay, Uruguay y la UNESCO.

Participaron de estas Jornadas alrededor de quinientas personas, provenientes de todas las provincias del Litoral, más Córdoba, La Rioja, Neuquén y Mendoza, así como los países hermanos: Uruguay, Chile, Brasil y Paraguay.

Las distintas actividades se desarrollaron satisfactoriamente y según estaban programadas. La apertura de las Jornadas tuvo lugar el miércoles 10 a las 17; hicieron uso de la palabra, por la Municipalidad, el contador Elbio Bordet; por la Provincia, el subsecretario de Cultura y Prensa, Mario Alarcón Muñiz; y por el Taller IDEA, su directora Mercedes

Schoenemann. Inmediatamente, en el patio de la escuela, se realizó un juego de integración a cargo de Mario Vanegas (Resistencia, Chaco). La música elegida y el juego mismo crearon un clima de fraternidad poco común.

Esa noche, como las que siguieron, se ofreció un espectáculo artístico en el salón de actos. El grupo *Mente* representó "Una historia con cárcel", de Osvaldo Dragún, y Ricardo Brilla brindó un recital de piano.

El jueves comenzó con un plenario en el que disertaron Olga Blinder (Asunción, Paraguay) y Juan Carlos Lespada (Mar del Plata). En el espacio de "Tribuna libre" de ese día, el chileno Saúl Schkolnik, escritor de literatura para niños, expuso su proyecto, que fue aprobado, de conformar una red latinoamericana para integrar experiencias educativas que utilizan el lenguaje literario.

Por la tarde, a partir de las 14,30 y hasta las 18,30, se desarrollaron los talleres, que fueron una demostración concreta de creatividad, cooperación y alegría. Los participantes pudieron comprobar que siempre es posible dejar de lado inhibiciones y prejuicios y descubrir la espontaneidad, tantas veces puesta en penitencia. Tras la ruptura de los esquemas convencionales, el taller creativo ofrece al participante una rica experiencia que, por lo general, esos mismos esquemas nos impiden imaginar.

El espectáculo de esa noche corroboró esa actitud. Cary Pico, de Gualeguay, inició el recital. Para su último tema invitó a otros músicos a que lo acompañaran; preparó así la atmósfera para lo que vendría después. Cuando el grupo de Música Afroamericana (Concordia) promediaba su actuación, el público (sala llena) empezó a invadir los pasillos, contagiados por el ritmo del "Songorocosongo"; al culminar la noche había casi tanta gente sobre el escenario (tocando) como abajo (bailando). Ganaron la música y la participación y, por supuesto, la alegría.

Salomón Azar (Uruguay) y Ramón Lema Araujo (Argentina) tuvieron a su cargo el plenario del viernes 12. En el espacio de "Tribuna libre", el maestro Antonio Yepes realizó un taller de "Rítmica y percusión" para docentes. La tarde, nuevamente, fue para los talleres y su magia, de que prometemos hablar más extensamente en el próximo número de "Rocinante".

Por la noche, en el salón de actos, gente de Corrientes proyectó un audiovisual sobre los guaraníes y, en el Auditorium, actuó el conocido grupo Magma, de Paraná.

El sábado, Susana Lorenzo de Amorín (Montevideo), Otmar Nasí (Paraná) y Pamela Duncan (Sao Paulo) expusieron en el plenario. Continuó, en "Tribuna libre", el audiovisual de Corrientes y, luego, Carlos Danza y Patricia Franco realizaron una función de tteres.

Toda la tarde del sábado se destinó a elaborar las conclusiones de los talleres y de las Jornadas, que fueron leídas en el cierre. En este acto de clausura, hablaron Saúl Schkolnik, Olga Blinder, el presidente municipal, Dr. Moix, y Mercedes Schoenemann, quien fue aplaudida de pie por todos los presentes, en un clima de gran emoción.

Seguidamente, ocuparon el escenario el trío Corradini-Campos, de Mar del Plata; el sexteto Clave, de Concordia; y el coro de la UNER, "Tahil Mapu".

Con empanadas, vino y algunas lágrimas, se despidieron los participantes.

Escribimos esta nota a escasas horas de concluidas las Jornadas. Quedan muchas cosas pendientes; nada dijimos, por ejemplo, de la muestra de artesanos, de la muy eficiente distribución de material informativo y fotocopias, del valioso contenido de las charlas, y de la intimidad de los talleres y sus conductores, temas que abordaremos en el próximo número. Queremos destacar, sí, la impecable organización, que supo prever los innumerables detalles que un encuentro de esta magnitud suscita.

Sobre la medianoche, una máscara, una estructura cubierta de muñecos, un verso en la pared, una caja con un universo dentro, atestiguaban mudamente la soledad en que había quedado la escuela Vélez Sarsfield. Cada uno de los participantes, en cambio, se llevaba consigo la experiencia vivida y la esperanza de que estos cuatro días no quedarán arrumbados en el fondo del bolso.

No es exagerado decir que estas Jornadas marcan un hito decisivo en la vida cultural de Concordia. ●

# Pues Cuento

Revista bimestral de literatura

Editor:  
Mempo Giardinelli

# Pues Cuento

Revista bimestral de literatura

Editor:  
Mempo Giardinelli

# Pues Cuento

Revista bimestral de literatura

Editor:  
Mempo Giardinelli

# Pues Cuento

Entrevista con  
Edmundo Valadés

Cuentos de:  
Marco Denevi  
Bret Harte  
Ercilio Zappalá  
Jorge Manrique  
Rosario Castellanos  
Fray Mocho  
Florencia Cabreré  
Antonio Sábido  
Han-Yu  
Reina Roffé  
Doris Chariano  
Germán Rotmanmacher  
Erin Napomuceno  
Krieta Comer  
Miguel Ángel Molino  
José G. Ceballos  
Edgar Allan Poe  
O. Herman Villordo  
Silvia Piquer



Talleres · concursos · teoría  
consultas · servicios · correo

# Pues Cuento 2

Entrevista en Berlín con  
Antonio Skármeta

Nota: Borges y el cuento

Cuentos de:  
Anton Chehov  
Juan José Manauta  
Beatriz Gal  
David Ungar  
Béctor Libertella  
Laura Freixas  
Horacio Quiroga  
Fernando López  
Petronio  
Katherine Mansfield  
Sergio Faraco  
Rosá Avilés Fabila

Breve de:  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges



Publicado por el Centro de Estudios de la Lengua y la Literatura

# Pues Cuento 3

Entrevista con  
Marco Denevi

Nota: Cómo iniciar un cuento

Cuentos de:  
Ernest Hemingway  
Gabriel Báñez  
Edmundo Valadés  
Ana Rueda  
Charles Klefer  
Manuel Ugarte  
Giovanni Boccaccio  
Ignacio Urza  
Sonia Colato  
Luis Fayad  
Guy de Maupassant  
Marcelo D'Onofrio  
Carlos Roberto Morán

Breve de:  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges



Publicado por el Centro de Estudios de la Lengua y la Literatura

# Pues Cuento 4

Entrevista con  
Cristina Peri Rossi

Nota: La creación  
literaria y la intimidad  
del escritor

Cuentos de:  
Javier Villalta  
G. Apollinaire  
Donato de Silva  
Rodrigo Díaz-Pérez  
Laura Devolach  
Alberto Aisa  
Saul LUIS  
C. Peri Rossi  
Mario Zentner  
Luís de Alas (Clarín)  
Gustavo Reola  
Mario Góngora  
Lucio Anaya  
Velmira Ayala Ganna  
Maximiliano Mariotti

Breve de:  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges  
Borges



Publicado por el Centro de Estudios de la Lengua y la Literatura

en venta en:



LIBRERIA  
CONCORDIA

SAN MARTIN 28 - LOCAL 9

# Magister

## LIBROS

1° de MAYO 10 - 3200 Concordia

ALVEAR 821 - Tel. 210281/5478

Entre Ríos

# Libro CLUB

Galería  
Entre Ríos  
Local 35  
Concordia